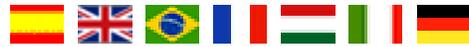


THALASSA, ENSAYO, SOBRE LA TEORÍA DE LA GENITALIDAD (1924e).



Sándor Ferenczi

INTRODUCCIÓN

En el otoño de 1914, el servicio militar obligó al autor de este artículo a abandonar su actividad psicoanalítica y exiliarse en una pequeña ciudad donde su tarea de médico jefe de un escuadrón de húsares apenas satisfacía su sed de trabajo, que se había convertido ya en una costumbre. Durante este tiempo consagró sus horas libres a traducir al húngaro los *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad*, lo que le llevó casi inevitablemente a elaborar más tarde algunas ideas surgidas durante este trabajo, y luego a plasmarlas sobre el papel. Todas estas ideas giraban alrededor de una explicación más avanzada de la función del coito que, en los *Tres ensayos*, era presentada por Freud como la fase terminal de toda evolución sexual, pero sin estudiar al detalle este mismo proceso evolutivo. Estas ideas cristalizaron poco a poco en una teoría onto y filogenética que tuve ocasión de exponer al profesor Freud en 1915, con ocasión de una visita que hizo a mi cuartel militar (en Pàpa). Más tarde, en 1919, repetí esta exposición ante él y otros amigos, y en ambas ocasiones fui animado a publicar el trabajo. Si he tardado mucho tiempo en decidirme, se debe, además de la resistencia interior suscitada por la naturaleza del tema, a un cierto número de razones objetivas. Mis conocimientos en ciencias naturales apenas superaban los de un médico que, aunque había estudiado antes la biología con predilección y entusiasmo, no había vuelto a ocuparse de ella seriamente desde hacia veinte años. Sin embargo, mi teoría cuestionaba hechos biológicos esenciales muy controvertidos. Sólo disponía de la excelente obra de zoología de Hesse y Dolflein, así como de los libros de Lamarck, Darwin, Haeckel, Bölsche, Lloyd Morgan, Godlewsky, H. Hertwig, Piéron y Trömmner, sólo una obra de cada autor; mientras que la mayoría de las investigaciones biológicas modernas, en particular las que tratan sobre los mecanismos de la evolución, no estaban a mi alcance.¹

En el transcurso de mis especulaciones relativas a la teoría de la genitalidad, tomé la decisión de aplicar a los animales, órganos, partes orgánicas y elementos tisulares, algunos procesos que conocía a través del psicoanálisis. Esta transposición me permitió ver las cosas desde un nuevo ángulo, pero me sentí culpable del crimen de *psicomorfisrno*, abuso metodológico que turbaba mi conciencia científica. Por otra parte, este camino me llevó a utilizar observaciones hechas sobre animales y datos embriológicos, etc., para conseguir explicar determinados estados psíquicos como los que acompañan al coito, el sueño, etc. Según mis convicciones de entonces, este procedimiento era también inadmisibles; había aprendido desde la escuela a considerar como un principio fundamental de todo trabajo científico la separación rigurosa entre los puntos de vista propios de las ciencias naturales y los correspondientes a las ciencias del espíritu. La inobservancia de estas reglas en el desarrollo de mis especulaciones era una de las razones que me impedían publicar mi teoría de la genitalidad.

Cuando estaba intensamente dedicado al estudio de los *Tres ensayos* de Freud, hubo un hecho que me impresionó vivamente: Freud sacaba partido de experiencias reunidas en el curso de tratamientos de

1.-Por razones análogas debo limitar mi estudio de las funciones sexuales a los vertebrados, descartando el examen apasionante de la cópula entre los insectos. También me ha sido imposible incluir en este trabajo la sexualidad de las plantas.

psiconeuróticos, es decir, que provenían del terreno psíquico, para construir sobre bases enteramente nuevas un capítulo importante de la biología, la teoría del desarrollo sexual. En el prólogo a la edición húngara he rendido homenaje a este método que considero como un progreso importante en el campo de la metodología científica: es un retorno al animismo, pero a un animismo que ya no será antropomorfo.²

Poco a poco adquirí la convicción de que introducir en psicología nociones obtenidas en el campo de la biología y nociones de psicología en las ciencias naturales era inevitable y posiblemente iba a resultar muy fecundo. Mientras uno se limita a las descripciones, puede contentarse con reconstruir con exactitud las diferentes fases de un proceso y es fácil entonces permanecer dentro de los límites de su particular campo científico. Pero cuando no se trata simplemente de describir sino de desmembrar la *significación* de un proceso, se buscan involuntariamente analogías en terrenos científicos extraños. El físico, para hacernos comprender los fenómenos de su ciencia, está obligado a compararlos a «fuerzas», a «atracciones», a «impulsos», a «resistencia», a «inercia», etcétera, cosas todas ellas que conocemos sólo por su lado psíquico. Sin embargo, Freud se ha encontrado en el deber de atribuir el funcionamiento psíquico a procesos tópicos, dinámicos, económicos, es decir, a procesos puramente físicos, porque de otro modo no hubiera conseguido explicarlos totalmente. He terminado por admitir que no había que avergonzarse de estas recíprocas analogías y que podíamos establecer deliberadamente una aplicación intensiva de este método, considerándola como una vía indudable y extraordinariamente benéfica. También, en mis trabajos ulteriores, no he dudado en preconizar este modo de laborar que he llamado «utraquístico», y he expresado la esperanza de que este medio permitiera a la ciencia aportar las respuestas a determinadas cuestiones que, hasta el presente, no había podido dar.

Sin embargo, una vez admitido el derecho a utilizar estas analogías tan menospreciadas hasta aquí, es evidente que convendrá buscarlas en los ámbitos más alejados que sea posible. Las analogías tomadas de campos vecinos aparecerían como simples tautologías y, como tales, no tendrían ninguna fuerza de convicción. En los enunciados científicos, que se proponen ser verdades sintéticas más que analíticas, el sujeto no debe repetirse en el predicado; es la ley fundamental de toda definición. Dicho de otro modo, para establecer una comparación, se miden generalmente las distancias con otras de naturaleza diferente. De este modo, medimos involuntariamente la materia con lo inmaterial, y a la inversa.

La formulación más concisa de lo que acabamos de establecer consistiría en decir que todo fenómeno físico y fisiológico requiere también finalmente una explicación metafísica (o psicológica) y que todo fenómeno psicológico pide una explicación metapsicológica (o sea, física).

El conocimiento de estos hechos me ha animado, y como los resultados obtenidos gracias a este método han hallado una confirmación inesperada en los trabajos que otros investigadores³ han efectuado en direcciones muy diferentes, he decidido ponerlos en conocimiento del público.

Klobenstein am Ritten, agosto de 1923

Lo que precede constituía el prólogo de la edición alemana aparecida en 1924, ocupando el tomo XV de la *Internationale Psychoanalytische Bibliothek*. Debo la traducción húngara de este texto a mi excelente alumno Vilma Kovács. También mi gratitud se dirige a otro de mis discípulos, Michael Balint, que ha revisado este libro con la óptica de un biólogo moderno y ha llamado mi atención sobre algunos errores que se habían deslizado en el texto original.

Budapest, 1928⁴

S. Ferenczi

2.- Véase el volumen II.

3.- En la edición alemana, Ferenczi menciona a Rank.

4.- Esta nota figura en la traducción húngara revisada y corregida por el autor, que puede ser considerada como la versión definitiva de este trabajo. Aquí se utiliza esta versión (N del T.).

PARTE ONTOGENÉTICA

1. La anfmixia de los erotismos en el proceso de eyaculación⁵

Ha correspondido al psicoanálisis la tarea de exhumar los problemas de la sexualidad que enmohecían desde hace siglos en las papeleras de la ciencia. El propio orden en el que los problemas han sido seleccionados parece responder a una determinada necesidad. Incluso las personas que profesan la más amplia libertad de pensamiento, cuando dan explicaciones a un niño, se detienen ante la cuestión: ¿cómo llega el feto al interior de la madre? Del mismo modo, las preocupaciones analíticas han versado, aún con mayor profundidad, por una parte, sobre el embarazo y el parto y, por otra, sobre los actos preparatorios del coito y las perversiones, más que sobre la explicación y la significación de los procesos del coito propiamente tales. Debo confesar aquí que las ideas que me dispongo a publicar han permanecido, al menos en sus líneas generales, más de nueve años en el fondo de un cajón. Sospecho que mis dudas en publicarlas (o, si se quiere, en darlas a luz) no provienen sólo de razones exteriores objetivas, sino también de mis propias resistencias.

Han servido como base a mis reflexiones algunas observaciones realizadas durante el análisis de casos de impotencia masculina. Este hecho parecía en principio prometedor; sabemos hasta qué punto es frecuente que una deformación patológica, exagerando tal o cual elemento a menudo presente en estado latente en el proceso fisiológico o psicológico normal, nos permita comprender este mismo proceso. Abraham, el celoso explorador de las organizaciones llamadas «pregenitales», ha atribuido la eyaculación precoz a un vínculo demasiado estrecho entre la genitalidad y el erotismo uretral. Los individuos afectados por este mal tratan su esperma con tanta ligereza como si fuera orina, es decir, un residuo del organismo desprovisto de valor. Puedo completar estas observaciones mediante otros casos en los que, de forma contraria, los enfermos se mostraban excesivamente ahorradores de su esperma y sólo sufrían una especie de impotencia para eyacular. Dicho de otro modo, únicamente la expulsión del esperma les resultaba imposible, conservando intacta su capacidad de erección y de intromisión. En las fantasías inconscientes e incluso conscientes de esos enfermos, la identificación del proceso del coito con la defecación desempeña un papel primordial (identificación de la vagina con los retretes, del esperma con el contenido intestinal, etc.). A menudo estos enfermos han desplazado sobre el acto sexual la tozudez y la obstinación que en su infancia manifestaban contra ciertas reglas impuestas por la civilización a su actividad excretora; son impotentes cuando es la mujer quien desea la relación; la erección sólo se produce en el caso en que el acto, por una razón cualquiera, está prohibido, o desaconsejado (como, por ejemplo, durante el período menstrual). Si durante el coito la mujer les pregunta el porqué del mismo, se entregan a explosiones de rabia o bien cesan bruscamente de sentir el deseo. Puede suponerse fácilmente que la organización anal de estos pacientes presenta con el acto sexual la misma estrecha relación que la uretralidad, según Abraham, en los sujetos que sufren eyaculación precoz. Dicho de otro modo, nos vemos obligados a suponer que la impotencia masculina presenta también una *técnica anal particular*.

Había observado yo con anterioridad que no era raro constatar la existencia de perturbaciones menores del acto sexual asociadas de esta misma forma al funcionamiento anal. Muchos hombres sienten la necesidad de defecar antes del coito; graves perturbaciones digestivas de origen nervioso pueden desaparecer cuando las inhibiciones psíquicas de la sexualidad son descubiertas por el análisis. Es también conocida la constipación tenaz que a menudo resulta de una masturbación excesiva con derroche de esperma. Entre las “regresiones caracterológicas” que he descrito en otra parte, podemos mencionar aquí el caso de esos hombres que, siendo normalmente generosos, se muestran mezquinos e incluso muy avaros cuando se trata de dar dinero a su mujer.

Para evitar cualquier malentendido, tengo que señalar que el tratamiento psicoanalítico de las impotencias tanto de tipo anal como de tipo uretral no ha requerido llevar tan lejos las investigaciones en el campo biológico como para hallar las causas psíquicas de la enfermedad, pero convenía buscarlas, lo mismo que

5.- Un extracto de los primeros capítulos constituyó el objeto de una comunicación al VII Congreso Internacional de Psicoanálisis de Berlín, en septiembre de 1922.

en las restantes neurosis de transferencia, en el complejo de Edipo y en el complejo de castración que va unido a él. La distinción de las impotencias en tipo anal y tipo uretral sólo ha aparecido como un producto secundario de la especulación, que debía mostrarnos las vías según las cuales un móvil psíquico subyacente obligaba al síntoma a manifestarse de un modo regresivo. Observemos además que estos dos modos de impotencia prácticamente nunca se encuentran aislados. Se constata habitualmente que un individuo que sufre eyaculación precoz, es decir, impotencia de carácter uretral, adquiere durante el análisis las facultades de erección y de intromisión, pero pierde provisionalmente su capacidad de eyaculación, es decir, se torna a-espermático. En estos pacientes, la uretralidad del comienzo se transforma en analidad en el transcurso de la cura. Resulta de ello un aparente aumento de la potencia, de la cual sólo se aprovecha la mujer. Para equilibrar de algún modo estas dos formas opuestas de inervación y conseguir el restablecimiento total de la potencia, conviene proseguir el análisis hasta su término.

Estas observaciones me conducen a formular la hipótesis de que *la cooperación eficaz en las inervaciones anal y uretral es indispensable para la instauración de un proceso de eyaculación normal. Si resulta imposible en términos generales aislar estos dos tipos de inervación, es porque se recubren o se enmascaran mutuamente, mientras que en la eyaculación precoz se manifiesta sólo el componente uretral, y en la eyaculación retardada, sólo el componente anal.*

Una simple reflexión sobre el desarrollo del acto sexual desde la intromisión del pene hasta la eyaculación parece apoyar esta hipótesis. La fase final del coito, la eyaculación del esperma, es indiscutiblemente un proceso uretral: no sólo el canal es común con la orina, sino que en ambos casos hay una fuerte presión que provoca la expulsión del líquido. Por el contrario, durante la fricción, parece que sean influencias inhibitorias, probablemente de origen esfinteriano, las que se manifiestan, y su crecimiento excesivo y descontrolado puede ocasionar la ausencia total de eyaculación. Pero todo lleva a pensar que la tendencia uretral (o eyaculadora) está presente desde el inicio, durante todo el período de fricción, y que existe, pues, una lucha permanente entre la tendencia a la evacuación y la tendencia a la retención, lucha en la que finalmente la tendencia uretral acaba por vencer. Esta doble dirección de la inervación se manifiesta posiblemente también en el movimiento de vaivén de la fricción, en el que la penetración correspondería a la tendencia eyaculadora y la retirada a la inhibición, repetida sucesivas veces. Por supuesto que hay que tomar también en consideración el aumento de excitación durante la fricción prolongada y suponer que es la superación de un determinado umbral de excitación el que permite por último superar el espasmo esfinteriano.

Esta hipótesis supone la existencia de una colaboración compleja y finamente armonizada; su perturbación podría originar esos problemas atáxicos y dispráxicos que denominamos eyaculación precoz y eyaculación retardada. Existe un parecido notable entre las anomalías de la eyaculación que acabamos de descubrir y la perturbación de la palabra denominada *tartamudez*. También allí, el flujo verbal normal está asegurado por la coordinación adecuada de las inervaciones necesarias para la articulación de las vocales y las consonantes. Cuando una repetición incoercible de las vocales o la aparición de un espasmo en el momento de pronunciar una consonante perturba momentáneamente la palabra, se produce el tipo de tartamudeo que los especialistas de las perturbaciones fónicas llaman, según los casos, tartamudeo clónico o tartamudeo tónico. Se adivinará enseguida que yo desearía comparar la inervación necesaria para la producción de las vocales a la uretralidad, y los cortes entre vocales y consonantes (evocando en muchos aspectos la acción esfinteriana), a la inhibición anal. Posiblemente no es más que una simple comparación, pero una analogía más fundamental y más profunda entre estos dos estados patológicos, como lo atestigua el hecho notable de que las perturbaciones de la inervación que caracterizan la tartamudez, ha podido atribuirse efectivamente, mediante el psicoanálisis, a una fuente erótico-anal o erótico-uretral. En definitiva, estimo que podemos concebir el mecanismo fisiopatológico de las perturbaciones de la eyaculación como una especie de *tartamudez genital*.

Recordemos a este respecto un dato proporcionado por la embriología, a saber: que el pene, instrumento de la fase terminal del coito, la eyaculación, es perfectamente apto en cuanto a su origen para reunir tendencias anales y uretrales. Pues no hay que olvidar que el pene -adquisición relativamente tardía en la historia del desarrollo individual- se desarrolla a partir del intestino y, en los mamíferos inferiores, a partir de la cloaca urogenital.

Tras esta digresión fisiológica, volvamos a nuestros conocimientos analíticos sólidamente fundados, y esforcémonos en establecer la relación entre la situación que acabamos de exponer y la teoría de la sexualidad propuesta por Freud.

Según los *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad* de Freud, el desarrollo sexual del individuo alcanza su apogeo en el momento en que la *primacía de la zona genital* viene a reemplazar a los autoerotismos anteriores (excitaciones de las zonas erógenas) y a las formas provisionales de la sexualidad. Los erotismos y los estadios de organización superados persisten en la organización genital definitiva en cuanto mecanismos de «placer preliminar». Sin embargo, podemos preguntarnos lo siguiente: ¿no proporciona la descomposición analítica del proceso de eyaculación que hemos intentado realizar en los párrafos precedentes los medios para aclarar, al menos parcialmente, los procesos más delicados que participan en el establecimiento de la primacía genital? Porque lo que he llamado, en términos fisiológicos, la colaboración de las inervaciones anal y uretral, podría traducirse en términos de teoría de la sexualidad por la síntesis o la fusión de los erotismos anal y uretral en un erotismo genital. Me gustaría designar este nuevo concepto con un término particular, llamemos, pues, *amfimixia* de los erotismos o de los impulsos parciales a la fusión de dos o más erotismos en una unidad superior.

Desde estos primeros pasos hacia una teoría psicoanalítica de la genitalidad, hallamos dos objeciones que la cuestionan. La primera deriva del hecho de que la fisiología no permite que nos representemos cómo podría aparecer tal amfimixia. ¿Se trata de modos de inervación tomados de un órgano, o de dos, por un tercero? ¿O bien se trata de procesos químicos semejantes a la acumulación de los productos endocrinos que se estimulan o se inhiben mutuamente? Hemos de reconocer nuestra total ignorancia al respecto. Pero esta dificultad particular no debe desviarnos de nuestro intento de explicación. En efecto, la interpretación de un proceso dado puede ser exacta y perfectamente clara desde el punto de vista analítico, sin que el aspecto fisiológico del proceso haya sido totalmente aclarado. Toda la teoría de la sexualidad de Freud es una teoría puramente psicoanalítica a la que los biólogos tendrán que aportar ulteriormente la confirmación fisiológica.

La segunda objeción a la teoría de la *amfimixia* -de orden metapsicológico- parece mucho más seria, pues emana del ámbito propio del psicoanálisis. Hasta el presente la metapsicología ha trabajado con la hipótesis de *mecanismos cargados de energía o privados de energía*. Las diferencias entre los modos de descarga eran atribuidas a las diferencias de los mecanismos, mientras que únicamente se tomaba en consideración la cantidad de energía, excluyendo la cualidad o las características de esta energía. Hemos considerado hasta el presente al psiquismo como un conjunto de mecanismos variados con una sola y misma energía, energía que puede desplazarse de un sistema a otro; pero nunca se ha tratado de un *desplazamiento de cualidades*, y menos aún de las diferencias cualitativas de las propias energías, tal como lo exige la teoría de la *amfimixia*.

Pero un examen más atento permite constatar que tal concepción se hallaba tácitamente contenida en determinadas proposiciones psicoanalíticas. Pienso sobre todo en la concepción psicoanalítica de los fenómenos de conversión y de materialización histórica.⁶ Hemos llegado a considerarlos como una «*función genital heterótropa*», una genitalización regresiva de autoerotismos antiguos; dicho de otro modo, como procesos donde los erotismos típicamente genitales -rectilidad, tendencia a la fricción y a la eyaculación-, o sea, un síndrome cualitativamente bien conocido, son desplazados de la zona genital a otras partes, más anodinas, del cuerpo. Ahora bien, este desplazamiento «de abajo hacia arriba» no es probablemente nada más que la inversión del descenso amfimíctico de los erotismos hacia los órganos genitales que establecen, según la teoría que exponemos aquí, la primacía de la zona genital. No nos dejemos, pues, desanimar por la objeción metapsicológica opuesta a la teoría de la amfimixia. Conviene incluso preguntarse si la hipótesis, ciertamente seductora por su simplicidad, de una sola especie de energía y de una multiplicidad de mecanismos, no debiera ser reemplazada por la de una multiplicidad de las formas de energía. Por lo demás, ya la hemos supuesto involuntariamente cuando hemos imaginado a los mecanismos psíquicos bloqueados tanto por las tendencias del Yo como por las tendencias sexuales. No puede acusársenos, pues, de inconsciencia si adoptamos la hipótesis de erotismos que pueden desplazarse y asociarse conservando

6.- Ver: "Fenómenos de materialización histórica".

siempre su propio carácter.

Se plantea ahora la cuestión de saber si la amfimixia uretro-anal que acabamos de describir no puede ser corroborada por mezclas diferentes de erotismos; si otros caracteres del coito no dejan suponer mezclas análogas; en fin, si todos estos hechos pueden compaginarse con la teoría de la sexualidad.

Parece existir cierta reciprocidad entre los autoerotismos uretral y anal, antes incluso de la instauración de la primacía genital. El niño tiende a utilizar la evacuación de su vejiga o la retención de las materias fecales como un medio de procurarse placer. Luego renuncia a una parte de este placer a fin de asegurarse el amor de las personas que se ocupan de él. Pero, ¿de dónde saca la fuerza para acomodarse a los mandatos de la madre o de la niñera y para superar su tendencia al derroche de las orinas y a la retención de las materias fecales? Pienso que la esfera anal ejerce aquí una influencia decisiva sobre los órganos que participan en la función uretral, y la esfera uretral sobre los órganos al servicio de la función anal; el recto enseña a la vejiga una cierta capacidad de retención y la vejiga inculca una cierta generosidad al recto; en términos científicos, el erotismo uretral se tiñe de analidad y el erotismo anal de uretralidad, mediante la amfimixia de ambos. Si ocurre esto, debemos atribuir una importancia capital a las proporciones de la mezcla de la repartición más o menos fina o masiva de los elementos constitutivos que entran en esta mezcla de los erotismos; y ello no sólo en lo que concierne al establecimiento de una genitalidad normal o particular, sino también en lo que afecta a la formación del carácter que Freud nos ha enseñado a considerar en su mayor parte como la superestructura y la transformación psíquica de estos erotismos.

Aunque se haga abstracción de estas consideraciones, la *amfimixia pregenital* permite aceptar mucho más fácilmente la idea de una amfimixia uretro-anal en el acto del coito. De este modo, el órgano genital sólo sería la varita mágica, única e incomparable, hacia la cual afluyen los erotismos inherentes a las diversas partes del cuerpo, y la *amfimixia genital* sólo sería un caso particular entre las numerosas combinaciones posibles. Pero desde el punto de vista de la adaptación individual este caso particular es muy significativo. Nos muestra de qué modo la presión ejercida por la educación lleva al individuo a renunciar a un placer y a aceptar una actividad considerada con desagrado: parece que sólo por una hábil combinación de los mecanismos de placer. La vejiga no renuncia a dejar circular libremente la orina más que si puede recurrir a otra fuente de placer, la retención; y el intestino no renuncia al placer de la constipación sino a condición de poder adoptar una parte del placer uretral de evacuación. Posiblemente se conseguiría mediante un análisis lo suficientemente intenso descomponer la sublimación más arraigada, o incluso una renuncia aparentemente total, en los elementos latentes de satisfacción hedonista sin los cuales, al parecer, ningún ser vivo está dispuesto a modificar mínimamente sus modos de funcionamiento⁷

En cuanto a saber si existe aún otro tipo de combinaciones y desplazamientos de los erotismos, podemos responder en forma afirmativa.⁸ La observación de los niños aporta por sí sola numerosas confirmaciones. En efecto, los niños condensan fácilmente en un solo acto las actividades voluptuosas más diversas: sienten un placer particular al disfrutar simultáneamente de la ingestión de alimento y de la evacuación de los intestinos. Según Lindner, primero en observar estos fenómenos, incluso el niño de pecho asocia ya la succión del pulgar con el frotamiento o el malestar de diversas partes cutáneas: lóbulos de las orejas, dedos o incluso órganos genitales. En estos casos, puede hablarse de una mezcla de erotismo anal y oral, u oral y cutáneo. Del mismo modo, los perversos se esfuerzan también en *acumular* los erotismos. Es particularmente

7.- Esta interdependencia de la tendencia uretral al derroche y de la tendencia anal a la retención se repite a mi parecer en la lucha contra la masturbación. Podemos considerar el derroche de esperma en el onanismo como una repetición de la fase enurética, mientras que las fantasías hipocondríacas angustiosas que incitan a acabar con el onanismo manifiestan características anales evidentes.

8.- En determinadas circunstancias, vejiga y recto se comportan como si hubieran cambiado sus papeles y ello puede explicarse por una *influencia demasiado fuerte de la tendencia opuesta* : en la diarrea nerviosa la uretralidad invade el intestino, mientras que en la retención de orina nerviosa es la vejiga la que exagera la avaricia aprendida del intestino. Los casos que me han permitido aclarar las razones de este comportamiento presentaban todas manifestaciones de oposición camuflada. El niño, igual que el adulto neurótico, consigue llevar al absurdo las normas educativas exagerándolas.

notable el caso de los voyeuristas que, para satisfacerse, necesitan simultáneamente mirar la defecación y oler, e incluso gustar, los excrementos. El ejemplo más característico de una actividad amfimíctica de este tipo me lo proporcionó el juego de un niño de dos años y medio que, sentado en el orinal, soltaba alternativamente algunas gotas de orina, luego un poco de excremento o alguna ventosidad, sin cesar de repetir: «un pis, un plof, un pis, un plof...».

Algunos enfermos me han permitido incluso aislar determinados móviles psíquicos de estas fusiones de erotismos. Por ejemplo, un paciente que sufría impotencia de tipo anal quedaba deprimido tras cada defecación, debido a fantasías de empobrecimiento y de inferioridad: por el contrario, la ingestión de alimentos le provocaba un delirio megalomaniaco extraordinario. Este caso muestra cómo la coprofagia, combinación manifiesta de erotismo oral y de erotismo anal, se esfuerza en compensar la pérdida anal mediante el placer de incorporación oral.

Para ilustrar el desplazamiento de cualidades eróticas, citaré aún el desplazamiento del erotismo clitoridiano de la mujer sobre la vagina, descrito por Freud: el desplazamiento de la tendencia eréctil sobre los pezones y las narices, así como la tendencia a sonrojarse (erección de toda la cabeza) en la virgen que rechaza la excitación genital.

Aún podríamos citar en favor de la existencia de las mezclas impulsivas eróticas, basándonos en las observaciones psicoanalíticas de Pfister y de Hugh-Helmuth, los casos de sinestesia, en los que la excitación de un órgano sensorial provoca la excitación alucinatoria de otro órgano receptor: audición coloreada, visión acústica, audición olfativa, etc.

Todas estas observaciones, presentadas aquí sin orden preciso, han reforzado mi convicción inicial, a saber: que el acto eyaculatorio es efecto de una amfimixia uretro-anal. Quisiera ahora reconsiderar bajo este ángulo todo el desarrollo del coito, comprendidas las fases de la actividad preparatoria y del placer preliminar.

2. El coito, como proceso amfimíctico

Sabemos por los *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad* que las actividades eróticas infantiles reaparecen en el acto sexual del adulto bajo la forma de actividades del placer preliminar, pero que en el adulto la descarga efectiva de la excitación sólo se produce en el momento de la eyaculación. Así, pues, mientras que para el niño chupar su pulgar, dar golpes o recibirlos, mirar o ser mirado puede conducir a una satisfacción completa, para el adulto mirar, abrazar o besar no sirve más que para desencadenar el mecanismo genital propiamente dicho. Todo ocurre como si ninguna de estas excitaciones pudiera terminar y, llegada a un determinado umbral de intensidad, debiera transponerse a otro erotismo. Cuando la excitación engendrada por la contemplación, la audición o la olfacción eróticas alcanza una intensidad suficiente, incita a los abrazos y a los besos, y sólo cuando estas caricias hayan alcanzado a su vez la suficiente intensidad se manifestará el deseo de erección, de penetración y de fricción que culmina en el proceso amfimíctico de eyaculación ya descrito. Podríamos casi decir que cada acto sexual repite brevemente toda la evolución sexual. Es como si las diferentes zonas erógenas fueran focos de incendios unidos entre sí por una mecha, que finalmente desencadena la explosión de las energías impulsivas acumuladas en el aparato genital. Pero la hipótesis más verosímil es que este desplazamiento amfimíctico de los impulsos hacia abajo no tiene lugar sólo durante el coito, sino también a lo largo de la vida. Esta hipótesis heurística tiene el mérito de hacernos comprender mejor la manera cómo se establece la primacía genital, su sentido y su razón de ser biológica. Sabemos que las principales fases en el desarrollo de la libido son las que llevan del autoerotismo al amor de objeto genital, pasando por el narcisismo. En el estadio auto-erótico de esta evolución, la sexualidad de cada órgano o impulso parcial se satisface anárquicamente, sin consideración para el bienestar del resto del organismo. Desde el punto de vista de la capacidad y de la eficacia funcionales de cada órgano, puede considerarse un neto progreso la capacidad de derivar las excitaciones sexuales hacia afuera y de acumularlas en una especie de almacén del que son evacuadas periódicamente. Si las actividades voluptuosas no quedaran aisladas de este modo, el ojo se agotaría en la contemplación erótica, la boca se comportaría exclusivamente como órgano erótico oral en vez de estar al servicio de la conservación del individuo; la misma piel no sería esa envoltura protectora cuya sensibilidad advierte del peligro, sino tan sólo un lugar de

sensaciones eróticas; la musculatura no sería el instrumento perfeccionado de la actividad voluntaria, sino que serviría únicamente para descargar el sadismo y otros fenómenos motores voluptuosos, etc. El hecho de que el organismo se haya desembarazado de las tendencias sexuales descargándolas y concentrándolas en el aparato genital ha aumentado considerablemente su nivel de eficacia y le permite adaptarse más fácilmente a las situaciones difíciles, incluso a las catástrofes. Hay que concebir la constitución del centro genital de un modo pangenético en el sentido de Darwin: esto significa que todas las partes del organismo están representadas de una forma u otra en el aparato genital, el cual desempeña, al modo de un administrador, la labor de descarga erótica para todo el organismo.

El paso del autoerotismo al narcisismo sería entonces el resultado, visible incluso desde el exterior, del desplazamiento amfimíctico de los erotismos hacia abajo. Si queremos tomar en serio la hipótesis de una pangenésis de la función genital, debemos considerar a l miembro viril como un doble en miniatura de todo el Yo, la encarnación del Yo-placer, y en este desdoblamiento del Yo vemos la condición fundamental del amor narcisista por el propio yo. Para este pequeño Yo reducido que en los sueños y en las fantasías simboliza tan a menudo a toda la persona, hay que crear en el momento del coito unas condiciones que le aseguren la satisfacción simple e infalible. Vamos a hablar brevemente de estas condiciones.

La experiencia psicoanalítica ha establecido que los actos preparatorios al coito (caricias y abrazos) tienen la función, entre otras, de favorecer *la identificación mutua de la pareja*. Besar, acariciar, morder o abrazar sirven para borrar los límites entre el Yo de los amantes: por ejemplo, durante el coito, el hombre, tras haber introyectado en cierto modo sobre el plano psíquico los órganos de la mujer, no está obligado a experimentar el sentimiento de haber confiado el más precioso de sus órganos, el representante de su Yo-placer, a un ser extraño, o sea, peligroso, de manera que puede permitirse sin ningún temor la erección, ya que el órgano bien protegido no corre el riesgo de ser dañado porque está confiado a un ser con el que su Yo se ha identificado. De este modo, en el acto sexual, el deseo de dar y el deseo de conservar, las tendencias egoístas y las tendencias libidinosas se equilibran con éxito. Es un fenómeno que ya hemos encontrado en la doble orientación propia de todos los síntomas de conversión histérica. Por otra parte, esta analogía no es fortuita, porque el síntoma histérico -como lo muestran innumerables observaciones psicoanalíticas- reproduce siempre de una u otra forma la función genital.

Cuando se realiza la unión más íntima entre dos seres de sexo diferente mediante *la formación del triple puente del beso, del abrazo y de la penetración del pene*, se desarrolla entonces el combate final, decisivo, entre el deseo de dar y el de conservar la secreción genital, combate que hemos intentado describir al comienzo de nuestras reflexiones como una lucha entre las tendencias anal y uretral. Así, pues, en definitiva, todo el combate genital se desencadena en torno a un producto de secreción; con la eyaculación que da por terminado el combate, la secreción se separa del cuerpo del hombre, liberándolo así de la tensión sexual, pero de tal forma que esta secreción se encuentra al abrigo en un lugar seguro y apropiado, en el interior del cuerpo de la mujer. Sin embargo, esta solicitud nos incita a suponer también la existencia de un *proceso de identificación entre la secreción y el Yo*; de este modo, el coito implicaría un triple proceso de identificación: identificación del organismo entero con el órgano genital, identificación con la pareja e identificación con la secreción genital⁹.

Si consideramos ahora toda la evolución de la sexualidad, desde la succión del pulgar en el bebé hasta el coito heterosexual pasando por el narcisismo de la masturbación genital, y si guardamos memoria de los procesos complejos de identificación del Yo con el pene y la secreción genital, llegamos a la conclusión de que toda esta evolución, comprendido el coito, sólo puede tener por objetivo una tentativa del Yo, primero dudosa y torpe, luego cada vez más decidida y por último particularmente acertada, *de retornar al cuerpo materno*, situación en que la dolorosa ruptura entre el Yo y el entorno aún no existía. El coito realiza esta

9.- Para responder a una objeción que inmediatamente se presenta, quiero subrayar que estas reflexiones conciernen exclusivamente al desarrollo mas simple de los acontecimientos tal como pueden observarse en el individuo masculino. Trataré de mostrar mas adelante que esta concepción puede también aplicarse a los procesos mucho mas complejos que se desarrollan en la mujer.

regresión temporal de tres maneras: en lo que concierne a todo el organismo, de un *modo alucinatorio* exclusivamente, como en el sueño; en cuanto al pene, con el que se identifica todo el organismo, lo consigue ya de forma parcial, es decir, de manera *sim bólica*; únicamente el esperma tiene el privilegio, en cuanto representante del Yo y de su doble narcisista, el órgano genital, de llegar *realmente* al interior del cuerpo materno.

Adoptando la terminología de las ciencias naturales, podríamos decir en resumen que el acto sexual contempla y realiza la satisfacción simultánea del soma y del germen. Para el soma, la eyaculación equivale a desembarazarse de productos de secreción molestos; para las células germinales, equivale a penetrar en el ambiente que les es más favorable. Sin embargo, la concepción psicoanalítica nos enseña que el soma a consecuencia de su identificación con el esperma, no satisface sólo las tendencias egoístas que tratan de calmar las funciones, sino que participa al mismo tiempo en la satisfacción real obtenida por las células germinales bajo la forma de un retorno alucinatorio y simbólico (parcial) al seno materno, abandonado a regañadientes en el momento del nacimiento, y es lo que llamamos, desde el punto de vista del individuo, la parte libidinosa del coito.

Si consideramos el proceso genital desde este ángulo al que calificaría de «bioanalítico», estamos por fin en disposición de comprender por qué el *deseo edípico*, el deseo de coito con la madre, se halla con una regularidad casi fastidiosa por su monotonía como tendencia nuclear en el análisis de los hombres neuróticos. El deseo edipiano es la expresión psíquica de una tendencia biológica mucho más general que empuja a los seres vivos a retornar al estado de reposo del que gozaban antes de su nacimiento.

Una de las tareas más bellas de la fisiología sería el explorar los procesos orgánicos que permiten la fusión de los erotismos aislados en erotismo genital. Según la hipótesis desarrollada antes, cada vez que un órgano renuncia a abandonar directamente sus tendencias eróticas en beneficio de todo el organismo, se da o bien una secreción a nivel de ese órgano o bien un desplazamiento de cantidades o cualidades de inervación hacia otros órganos y finalmente hacia el órgano genital: a este último le incumbirá en seguida la tarea de apaciguar las tensiones eróticas libremente flotantes de todos los órganos en el coito.

Aún le queda a la biología otra tarea no menos ardua: descubrir de qué forma las tendencias a la satisfacción del germen por una parte y del soma por otra, independientes en principio, se combinan o se influyen mutuamente en el acto sexual. Tendrá que poner también en evidencia las causas onto y filogenéticas que incitan a tantos seres vivos a buscar la satisfacción suprema precisamente en el apareamiento que, según las consideraciones precedentes, es en realidad la expresión del deseo de retornar al seno materno.

3. El desarrollo del sentido de realidad erótico y sus estadios

En un trabajo anterior sobre los estadios de desarrollo del sentido de realidad en el transcurso del crecimiento del niño¹⁰ he formulado la hipótesis de que el hombre está dominado desde su nacimiento por una tendencia regresiva permanente que trata de restablecer la situación intrauterina, y que se agarra obstinadamente a ella de un modo mágico-alucinatorio, con ayuda de alucinaciones positivas y negativas. Según esta concepción, para que el sentido de realidad pueda alcanzar su pleno desarrollo, es preciso que el hombre haya renunciado una vez por todas a esta regresión y encuentre un sustituto en el mundo real. Pero sólo una parte de nuestra personalidad participa en esta evolución; el sueño y los sueños, nuestra vida sexual y nuestras fantasías, quedan supeditados a la tendencia que trata de cumplir este deseo primordial.

Voy a tratar a continuación, como complemento a estas ideas, de describir las fases del desarrollo de la sexualidad tal como las conocemos por los trabajos de Freud, es decir, como una serie de tentativas, primero inseguras y luego más explícitas para retornar al seno materno, mientras que la fase terminal de toda esta evolución, el desarrollo de la función genital, representa el paralelo erótico de la “función de realidad”, es decir, el acceso al “sentido de realidad erótica”. Pues, como lo he señalado en el capítulo precedente, el acto sexual permite el retorno *real*, además de parcial, al útero materno.

10.- “El desarrollo del sentido de realidad y sus estadios”.

En el primer estadio de la organización sexual infantil, la fase erótico-oral, les incumbe a las personas que cuidan al niño el mantener la ilusión de la situación intrauterina: se encargan de que las condiciones de calor, oscuridad, calma, de que el niño necesita para conservarla, se produzcan. Durante cierto tiempo, no se ejerce ningún control sobre las funciones de eliminación, y la única actividad propiamente dicha del bebé consiste en mamar. Pero incluso este primer objeto de amor se halla impuesto al niño por su madre, de forma que podemos decir que el amor primario del niño es un “amor de objeto pasivo”. Sea de ello lo que fuere, el ritmo de la succión permanece como elemento esencial de toda actividad erótica ulterior, según nuestra concepción, y se integrará amfimícticamente al acto masturbatorio y al coito. La succión del pulgar o *Wohnesaugen* (Lindner) constituye la actividad libidinosa propia de este período y al mismo tiempo el primer problema de orden erótico que se nos plantea. ¿Qué es lo que incita al niño a prolongar la mamada una vez saciado? ¿Qué placer encuentra en esta actividad? Pero resistamos a la tentación de querer resolver desde ahora este enigma y, a través de él, la cuestión fundamental de la psicología del erotismo; esperemos a estudiar con detalle los demás erotismos.

El niño de pecho es en definitiva un ectoparásito de la madre, lo mismo que fue un endoparásito en el período fetal. Del mismo modo que se encontraba a gusto en el cuerpo materno sin la menor consideración y obligó finalmente a su madre, su nodriza, a expulsarlo al exterior, se comporta luego con una agresividad creciente respecto a la madre que lo amamanta. La tranquila fase oral erótica del amamantamiento desemboca en una fase canibalista. El niño desarrolla instrumentos de masticación y sucede como si, con su ayuda, quisiera devorar efectivamente a la madre amada, quien, por último, se ve obligada a destetarlo. Pienso que este canibalismo no sirve sólo al instinto de auto-conservación, sino que los *dientes* son al mismo tiempo armas al servicio de una tendencia libidinosa. *instrumentos con ayuda de los cuales el niño intenta penetrar en el cuerpo de la madre.*

El único argumento en favor de esta sugestiva hipótesis, pero que pesa bastante a los ojos de un psicoanalista, es la constancia y la regularidad con la que se halla la identidad simbólica entre el pene y los dientes en los sueños y en los síntomas neuróticos. Según nuestra concepción, la dentadura es propiamente hablando un pene arcaico (*Urpenis*), a cuyo papel libidinoso debe renunciar el niño en el momento del destete.¹¹ En consecuencia, no es en sí la dentadura la que simboliza al pene, sino éste, desarrollado más tarde, el que simboliza el instrumento de penetración más antiguo, la dentadura. El carácter paradójico de esta hipótesis quedará posiblemente atenuado si consideramos que toda relación simbólica se halla precedida por un estadio de la ecuación en el que dos cosas pueden reemplazarse mutuamente.

El «canibalismo» contiene ya en parte todos los elementos agresivos que se manifiestan tan claramente en la organización sádico-anal siguiente. La estrecha relación existente entre la libido anal y las manifestaciones del sadismo, correspondería, según las ideas antes desarrolladas, al desplazamiento de la actividad, primitivamente «caníbal», sobre la función intestinal. El motivo de este desplazamiento es la reacción de disgusto suscitada en el niño cuando los padres o sus sustitutos le exigen el respeto de determinadas reglas de aseo. Incluso en este estadio, no renuncia a la «regresión materna» oral-erótica intentada anteriormente; ésta reaparece en forma de identificación de las heces con el niño, es decir, con el propio sujeto. Todo ocurre como si el niño, tras el rechazo trastornador de la agresión libidinosa oral-erótica por parte de la madre; hubiera retornado su libido contra sí mismo. Siendo él mismo a la vez la madre y el niño (contenido intestinal), puede operar independientemente, en el plano libidinoso, de la persona que le cuida (la madre). Ésta puede ser la razón última de esos rasgos de carácter oposicionales que son generalmente productos de transformación de la libido sádico-anal.

El período de la masturbación debe ser considerado como un estadio aparte del desarrollo de la libido: la primera fase que indica la primacía de la zona genital.¹² Todos nuestros análisis muestran que la

11.- Un niño de dos años que asiste al amamantamiento de su hermano pequeño declara: “Dany come carne”. La prohibición estricta para los judíos de comer simultáneamente platos de carne y platos que contuvieran leche sirve probablemente para asegurar el amamantamiento.

12.- Recientemente, Freud ha descrito una fase distinta de organización fálica. (1923).

masturbación se halla asociada a grandes cantidades de libido sádico-anal, de forma que podemos seguir ahora el desplazamiento de los componentes agresivos desde la fase oral a la genital pasando por la anal. En la masturbación, sin embargo, la ecuación simbólica “niño = heces” se halla reemplazada por el símbolo “niño = pene”: para el niño, el hueco de su propia mano simboliza el órgano genital femenino. Resulta llamativo constatar que en las dos últimas fases el niño desempeña subjetivamente un doble papel, lo que sin duda está relacionado con la bisexualidad infantil. En todo caso para comprender las manifestaciones de la libido genital plenamente madura, es muy importante saber que todo ser humano, hombre o mujer, puede jugar con su propio cuerpo el doble papel de la madre y el hijo.

Hacia el fin del desarrollo de la libido infantil, el niño, tras las fases del amor de objeto pasivo, tras la agresión caníbal y la introversión, retorna a su primer objeto, la madre, pero provisto ahora de un arma ofensiva más adecuada. La verga eréctil sería ahora muy capaz de hallar el camino de la vagina materna y estaría en disposición de alcanzar este objetivo si las prohibiciones educativas, y posiblemente también un mecanismo de defensa particular o incluso la angustia, no pusieran rápidamente fin a este precoz *amor edipiano*.

Renunciamos a describir los períodos sexuales siguientes -período de latencia y pubertad- porque nuestro propósito era tan sólo demostrar que la ontogénesis de la sexualidad continúa invariablemente siendo dominada por la tendencia al retorno al seno materno y que la organización genital, que en cierto modo realiza esta tendencia, corresponde al máximo desarrollo del sentido de realidad erótica. Tras el fracaso de la primera tentativa oral de retornar al cuerpo de la madre, siguen los períodos anal y masturbatorio, períodos que pudieran calificarse de *autoplásticos*, en los que el sujeto busca en su propio cuerpo un sustituto fantasioso del objeto perdido, pero sólo el instrumento constituido por el órgano masculino de la acumulación permite una primera tentativa seria de realizar esa tendencia de un modo nuevamente *aloplástico*, primero sobre la propia madre y luego sobre las mujeres del entorno.

Apenas podemos sino esbozar a grandes rasgos la representación del acto sexual final en cuanto suma anifimíctica de los erotismos más precoces. Los impulsos agresivos se producen en el acto sexual por la violencia manifestada para conquistar el objeto y para realizar la penetración. Trataremos de explicar ahora cómo son utilizados los erotismos anal y uretral en la formación del *erotismo parental* (o erotismo de parto) íntimamente asociado a la genitalidad, estudiando el desarrollo de la sexualidad femenina, problema que no es posible dejar para más adelante.

El desarrollo de la sexualidad genital, cuyo desenvolvimiento en el hombre acabamos de exponer esquemáticamente, sufre una interrupción bastante repentina en la mujer. Esta interrupción se caracteriza esencialmente por el desplazamiento de la erogeneidad del clítoris (el pene femenino) a la cavidad vaginal. Sin embargo, la experiencia psicoanalítica nos lleva a suponer que no sólo la vagina sino también otras partes del cuerpo de la mujer pueden genitalizarse -la histeria nos lo demuestra también-, en particular el pezón y las regiones próximas. Es probable que el amamantamiento constituya en cierta medida una compensación al placer perdido de la intromisión y de la eyaculación: de hecho, el pezón manifiesta claramente su aptitud eréctil. Sin embargo, parece que una cantidad apreciable de erotismo anal y oral se halla desplazado sobre la vagina, cuya musculatura quizá parecería imitar con sus contracciones y su peristaltismo el placer oral de ingestión y el placer anal de retención. Por lo que se refiere a la zona genital principal, en el hombre se halla esencialmente impregnada de uretralidad, mientras que en la mujer se produce una regresión sobre todo en el sentido de la analidad, debido a que para ella el interés del coito radica en la conservación del pene, del esperma y del feto que se desarrolla a partir del esperma (*erotismo parental*). Sin embargo, el deseo viril, parcialmente abandonado, de retornar al seno materno, se manifiesta también en la mujer, pero sólo a nivel de la fantasía; por ejemplo, en forma de identificación imaginaria durante el coito con el hombre, poseedor del pene, bajo la forma de una sensación vaginal que sugiere la posesión de un pene («pene hueco») o de una identificación con el niño que lleva en su cuerpo. La agresividad masculina se transforma en la mujer en el placer pasivo de sufrir el acto sexual (masoquismo) que puede explicarse por una parte debido a la presencia de impulsos muy arcaicos (impulso de muerte de Freud), y por otro debido a un mecanismo de identificación con el hombre victorioso. Todos estos revestimientos secundarios de mecanismos de placer alejados en el espacio y genéticamente superados parecen servir a la mujer de cierto consuelo por la pérdida del pene.

He aquí cómo podemos concebir de forma general en la mujer el paso de una actividad de tipo viril a la pasividad: la genitalidad del pene femenino (clítoris) refluye regresivamente hacia el conjunto del cuerpo y hacia el conjunto del Yo. de donde procede -pensamos- por amfimixia, de manera que la mujer cae bajo el dominio del narcisismo secundario: en el plano erótico, se hace semejante a un niño, a un ser que se agarra todavía a la fantasía de *estar por completo dentro de la madre*. De este modo, puede identificarse fácilmente con el feto que vive en ella (o con el pene que es su símbolo), y pasar de lo transitivo a lo intransitivo, de la penetración activa a la pasividad. La genitalización secundaria del cuerpo femenino explica también la tendencia mayor de las mujeres a la histeria de conversión.¹³

La atenta observación del desarrollo genital de la mujer hace pensar que en el momento del primer coito la genitalidad femenina se halla aún inmadura. Las primeras tentativas de coito son en realidad violaciones sangrientas. Sólo más tarde aprende la mujer a cumplir el acto sexual de forma pasiva y todavía tarda bastante en experimentar placer e incluso en tomar parte activa. En cada acto sexual la oposición primitiva se repite en forma de una resistencia muscular opuesta por la vagina contraída: luego se produce una lubricación de la vagina que resulta fácilmente penetrable y sólo al final sobrevienen las contracciones que parecen tener por objeto la aspiración del esperma y la incorporación del pene (la tendencia a la castración desempeña probablemente aquí un papel). Estas observaciones, unidas a determinadas consideraciones filogenéticas que examinaremos al detalle más adelante, hacen pensar que el coito es también una repetición, a nivel individual, de la guerra de los sexos. La mujer es la parte perdedora: abandona al hombre el privilegio de penetrar efectivamente en el cuerpo de la madre, contentándose por su parte con compensaciones fantasiosas, y sobre todo acogiendo al niño cuya dicha comparte.¹⁴ Por el contrario, si creemos en las observaciones psicoanalíticas de Groddeck, existen placeres a los que el sexo masculino no alcanza, disimulados tras los sufrimientos del parto.

Estas reflexiones arrojan nueva luz sobre los modos de satisfacción de los perversos y sobre los síntomas de los psiconeuróticos. Su fijación a una etapa anterior del desarrollo sexual representa, pues, un desarrollo muy imperfecto del objetivo final de la función de realidad erótica, a saber: la reproducción genital de la situación intrauterina. Incluso los arquetipos de las neurosis actuales: la neurastenia que se asocia a la eyaculación precoz y la neurosis de angustia que va acompañada de una tendencia excesiva a la retención, pueden ahora explicarse por una genitalidad en la que abundan o bien los elementos anales o bien los uretrales; la impotencia que se deriva de ello puede ser atribuida por el análisis a la angustia de la situación intrauterina. Quisiera recordar aquí los trabajos de Rank, que por otra parte van mucho más lejos en ciertos aspectos (*El trauma del nacimiento*, 1924), para dar mayor extensión a la presente teoría de la genitalidad.

Estoy convencido de que la observación de la vida sexual de los animales confirmará esta concepción, y sólo lamento la insuficiencia de mis conocimientos en este campo de la ciencia. Lo poco que sé apoya mi concepción relativa a la universalidad del *impulso de regresión maternal* y de su realización mediante el coito. Me refiero, por ejemplo, al hecho de que algunos animales prolonguen el acto sexual casi indefinidamente.¹⁵

4. Interpretación de los diversos procesos del acto sexual

Tras estas consideraciones, nos parece interesante someter a un análisis, a la manera de los síntomas neuróticos, los diversos procesos del acto sexual, de los cuales sólo hemos estudiado hasta ahora la eyaculación.

Tenemos primeramente la *erección*, que, según nuestra teoría de la genitalidad y el deseo de retorno a la

13.- “Fenómenos de materialización histórica”, en este volumen.

14.- Esto constituye brevemente la construcción que he intentado elaborar y a la que Freud se refiere en su artículo “El tabú de la virginidad”.

15.- El coito de la araña puede durar siete horas, y el de la rana hasta cuatro semanas. Hace tiempo que se conoce el apareamiento permanente de algunos parásitos; llega incluso a ocurrir que el macho pasa su vida entera en el útero o en la laringe de la hembra. Un desarrollo superior del sentido de realidad erótico se da también en estos parásitos que transfieren casi toda la preocupación de su mantenimiento a su huésped y cuya organización está casi enteramente dedicada al servicio de la función sexual.

situación intrauterina que implica, requiere una interpretación a primera vista sorprendente. Supongamos que la *envoltura permanente* del glande en una membrana mucosa (prepucio) constituya de hecho una réplica reducida de la situación intrauterina. Cuando en el momento de la erección el aumento de la tensión acumulada en el órgano genital proyecta el glande, es decir, la parte más sensible del pene (y, según nuestra concepción, el representante narcisista del Yo entero), fuera de su posición de reposo protegida, puede decirse en cierto modo que lo da a luz; la intensificación repentina de la sensación de disgusto permite comprender el deseo, también súbito, de restablecer la situación perdida por el pene penetrando en otro envoltorio, dicho de otro modo, de buscar en el mundo exterior real, esta vez efectivamente en el interior del cuerpo femenino, la quietud de la que gozaba antes de un modo auto-erótico.

En el acto sexual humano, la eyaculación está precedida por una *fricción* prolongada. Para comprender este hecho debemos remontarnos un poco atrás. Los zoólogos han observado la existencia en algunos animales de un modo de reacción singular, la autonomía, que consiste en lo siguiente: el animal desgaja de su cuerpo, es decir, «deja caer» mediante movimientos musculares específicos, aquellos de sus órganos que están sometidos a una irritación muy intensa o le hacen sufrir de cualquier manera. Por ejemplo, algunos gusanos, situados en estas condiciones, son capaces de arrojar todo su intestino; otros se rompen en pequeños trozos. Todo el mundo sabe con qué facilidad abandona su cola en manos del adversario el lagarto perseguido, para regenerarla en seguida, rápidamente. Esta reacción corresponde con seguridad a un rasgo fundamental de todo ser vivo, podemos suponer que representa el *modelo biológico del rechazo*, es decir, esencialmente la huida psíquica ante los sentimientos de disgusto demasiado intensos.

Ya hemos dicho que todas las cantidades y cualidades de excitación que el organismo ha desplazado sin satisfacerlas, en interés del buen funcionamiento de sus órganos, se acumulan en el aparato genital para ser descargadas a través de él. Esta descarga, en el sentido de la tendencia a la autonomía, no puede sino corresponder a la tendencia a rechazar el órgano que se halla en tensión. Desde el punto de vista del Yo, hemos descrito la eyaculación como un rechazo análogo de secreciones que producen una sensación de disgusto: podemos reconocer la manifestación de una tendencia semejante en la erección y en la fricción. La erección no es posiblemente más que el resultado incompleto de una *tendencia a separar* del cuerpo el órgano genital cargado de cualidades desagradables. Igual que en la eyaculación, podemos considerar que se trata ahora de una lucha entre la tendencia a arrojar y la tendencia a conservar; lucha que, en este caso, no termina con la victoria de la tendencia a la separación.¹⁶ Podríamos aún suponer que el acto sexual tiende primeramente a desgajar por completo el órgano sexual del cuerpo -una especie de *autocastración*-, pero que se contenta luego con desembarazarse de la secreción. Los múltiples comportamientos sexuales de los animales nos permiten observar, en ejemplos extremos, las diferencias surgidas de esta lucha. El tatú (*Dasypus*), mamífero con cintura de escamas, introduce en el órgano de la hembra un pene gigantesco si se le compara con su estatura; y al contrario, el pene de la jirafa disminuye en la penetración a la manera de un telescopio para acabar siendo un apéndice filiforme y el esperma eyaculado llega directamente al útero a través de esta especie de filamento.

El deseo de fricción genital deja suponer que el desagrado proveniente de todo el organismo se acumula en el órgano genital en forma de prurito; éste es calmado mediante una especie de raspamiento. Pero podemos suponer que el reflejo de raspamiento es un residuo arcaico de la tendencia a la autonomía, una tentativa de arrancar con las uñas la parte irritada del cuerpo. En efecto, este prurito sólo cesa en general una vez que la parte irritada ha sido rascada hasta producir sangre, es decir, mediante el rascamiento efectivo de los fragmentos del tejido. Con mucha probabilidad, fricción, erección, eyaculación constituyen un proceso autonómico, intenso al principio, y luego en disminución, que comienza con la intención de “dejar caer” todo el órgano, y luego se contenta con el raspamiento (frotamiento), limitándose, por último, a la emisión espermática. Naturalmente, todo esto sólo caracteriza un aspecto del proceso (el Yo, el soma); en lo que concierne al tejido germinal, dicho de otro modo, a la libido, se trata de una tendencia de intensidad decreciente a retornar al seno materno.

16.- La tendencia a la autonomía proporciona la explicación última del símbolo de la extracción dental utilizado en lugar de las representaciones de espermatorrea y de nacimiento.

Volveré más adelante sobre los móviles profundos de la tendencia genital a la autocastración; me contentaré con indicar aquí que el reino animal proporciona innumerables ejemplos de auto-castración efectiva en la que se observa, durante el acto, no sólo la expulsión de la secreción sino el verdadero desprendimiento del pene. Podemos evocar aquí, como una especie de autocastración fracasada, la turgescencia en forma de anillo del pene de los *cani dos* que hace que el macho permanezca “colgado” de la hembra, despertando en el observador la idea de un posible desprendimiento.

En el hombre, el *trabajo de conquista* que precede al apareamiento se ha desvirtuado en el curso de la evolución cultural hasta hacerse irreconocible: para hallar su significación primitiva debemos volver una vez más a la observación de los animales. Ya hemos señalado que la tendencia nuclear a retornar al útero materno es compartida por ambos sexos. De este modo, el trabajo de conquista no puede tener otro objetivo que permitir al hombre convencer a la mujer de que sufra el acto sexual renunciando a su propia tendencia a la satisfacción real o limitándola. En apoyo de esta afirmación, puedo citar dos observaciones de Darwin, una autoridad en la materia: “Estos fenómenos nos incitan a pensar que la hembra no elige al macho más atractivo para ella, sino al que menos le repugna”. Esta concepción expresa claramente lo que nos parece ser una situación privilegiada del macho en el acto sexual. Por otra parte, Darwin constata que la diferenciación sexual, en el sentido del “dimorfismo sexual”, comienza siempre en el macho, incluso si más tarde toma también parte en ella la hembra. Todo esto coincide perfectamente con la observación de Freud según la cual la libido es en realidad viril, incluso cuando se trata de una satisfacción pasiva (como, por ejemplo, en la mujer).

Según nuestra hipótesis, los *caracteres sexuales secundarios*, de los que proviene el privilegio del macho, son las armas de un combate en el que se trata de decidir quién de los dos adversarios conseguirá forzar el acceso al cuerpo del otro en compensación del útero materno perdido. Si examinamos estas armas desde el punto de vista de su eficacia, constataremos que tratan todas ellas de reducir a la obediencia a la hembra mediante la *violencia directa*, o de paralizarla mediante la *fascinación hipnótica*. A la primera categoría de estas armas de combate pertenecen, por ejemplo, las callosidades que aparecen en el pulgar de la rana macho en el período de celo, que le sirven para sujetar a la hembra por el hueco de las axilas.- la mayor fuerza física del macho tiene el mismo sentido: lo mismo el comportamiento del macho en algunos reptiles que, durante el apareamiento, tamborilea sobre la cabeza de la hembra con sus miembros anteriores para disponerla. La intimidación de la hembra es un procedimiento muy empleado; el macho debe asustarla hinchando su cuerpo o alguna de sus partes (sapo, camaleón), ostentando grandes trozos de piel o repliegues carnosos, hinchando el busto (pájaros), alargando y acortando bruscamente el hocico (observaciones hechas por Darwin sobre el elefante marino). Una especie de focas (*christophora cristata*) desarrolla en el período del apareamiento una especie de boina cuya dimensión es superior a la de la cabeza que la lleva. Son conocidos los métodos para amansar a la hembra (entre los gatos) que consisten en rugir encima de ella. Un procedimiento análogo es el utilizado por una especie de lagartos de Malasia, en los que el macho, en período de apareamiento, aproxima a la hembra el busto erguido mientras que aparece una mancha negra sobre fondo amarillo rojizo en su garganta intensamente hinchada. Además de la intimidación, este modo de conquista parece también comportar elementos de fascinación estimulando el sentido estético; entre los más impresionantes, vemos la riqueza de colorido, el empleo de todo tipo de órganos sonoros, la producción de luz (luciérnagas), la danza, el despliegue de la cola en abanico y, en muchos pájaros, el canto, el vuelo y el cacareo seductor.

La primera analogía que se presenta a la mente cuando se observan estos fenómenos, es su parecido con la hipnosis. Mis observaciones psicoanalíticas me han llevado a distinguir dos formas diferentes de inducir la obediencia hipnótica: *la hipnosis maternal y la hipnosis paternal*.¹⁷ La primera actúa paralizando a la víctima por intimidación; la segunda, por insinuación seductora. En ambos casos, el hipnotizado retorna al estadio del niño impotente. El comportamiento específico, de apariencia cataléptica, de los hipnotizados, incita a suponer que esta regresión se remonta aún más lejos: reproduce la situación intrauterina (Bjerre). La presencia tan frecuente, entre los caracteres sexuales secundarios del macho, de la belleza -que a mi parecer

17.- “Transferencia e introyección”.

es una señal de feminidad-, y el hecho de que el macho asuma tan a menudo la función femenina de acunar y adormecer, no pueden sorprender, habida cuenta de la bisexualidad general de los individuos que se reproducen por vía sexual. Suponemos que es la regresión hipnótica a la situación intrauterina la que aturde a la hembra en el momento de la conquista y que la reproducción fantasiosa de esta situación agradable le proporciona una compensación por tener que sufrir el acto sexual que en sí resulta penoso. Si, de acuerdo con los zoólogos, clasificamos entre los caracteres sexuales secundarios todas las partes del cuerpo que presentan un carácter sexual, pero que no participan en la función de secreción de las glándulas genitales, debemos clasificar entre éstas los órganos de apareamiento, es decir, el pene y la vagina. En efecto, nos parece que la exhibición de los órganos sexuales, pene en erección o vagina abierta, producen por sí mismos un efecto de fascinación, y despiertan en la pareja que lo ve la fantasía de la situación intrauterina.

Entre las armas de la seducción, tienen especial importancia determinados *olores*. Es sabido el papel que desempeña el olor de la valeriana en los gatos en el momento del apareamiento; conocemos el olor del macho cabrío y del almizclero; o la fuerza atractiva de la mariposa hembra, que le permite atraer hasta la ciudad a los machos que se hallan a muchos kilómetros de distancia en los campos. Incluso entre los animales superiores, el olor específico del órgano sexual femenino produce un efecto excitante y ello puede deberse a que despierte la aspiración a la situación intrauterina. El conejo doméstico, por ejemplo, resulta impotente si se le cortan los nervios olfativos. No podemos olvidar el hecho de que las primeras impresiones sensibles, y que por esta razón son importantes para toda la vida, afectan al niño durante su nacimiento, es decir, en las vías genitales y en su proximidad (Groddeck).

Hasta ahora se ha observado muy poco el comportamiento psíquico de la pareja en el curso de las emociones vividas durante el acto sexual. Ha ocurrido como si el hombre manifestara sus mayores secretos en estos afectos: un sentimiento de vergüenza casi insuperable le impide comunicar cualquier cosa. Incluso durante la observación psicoanalítica en la que el paciente es invitado a expresar todos sus sentimientos, sólo al fin aprende a describir los procesos subjetivos de excitación experimentados en el acto sexual, mientras que desde hace tiempo se ha habituado a hablar sin resistencia de los procesos objetivos. He podido saber a este respecto que el individuo se halla dominado totalmente por una especie de atracción coercitiva que le arroja hacia su pareja; se esfuerza por disminuir mediante todos los sistemas posibles la distancia entre su pareja y él (véase la tendencia indicada al principio de «arrojar un puente» mediante el beso o el abrazo). Podemos afirmar que este atractivo mutuo no hace sino expresar la fantasía de unirse verdaderamente con el cuerpo de la pareja, o también de penetrar en él por completo (en cuanto sustituto del útero materno); la unión sexual no es más que una realización parcial de esa intención. La tensión experimentada por la pareja durante la duración del acto es en sí penosa, y únicamente la esperanza del próximo desenlace consigue hacerla voluptuosa. Esta penosa tensión se parece en muchos aspectos a la *angustia*: sabemos, por otra parte, por Freud, que la angustia repite siempre la sensación de desagrado experimentada en el momento del nacimiento.

Parece que debemos habituarnos a la idea de la *superdeterminación* de un único proceso, como nos enseña el psicoanálisis en lo que se refiere a los procesos psíquicos. A medida que profundizamos el estudio del desarrollo del coito, se hace evidente que no se trata tan sólo de un proceso cargado de placer (la representación de la afortunada situación intrauterina), sino también de la repetición de experiencias penosas (probablemente la primera *experiencia de angustia*, la del nacimiento). Es aún más probable que tales afectos no se manifiestan sin orden, sino más bien según una sucesión históricamente determinada. Se sigue de ello que el aumento de la tensión penosa y su punto culminante en la satisfacción orgásmica, representan simultáneamente dos tendencias de sentido opuesto: la repetición de la experiencia penosa del nacimiento y de su afortunado desenlace, y el restablecimiento de la situación intrauterina que todavía era absolutamente agradable, penetrando de nuevo en el seno materno.

Los fenómenos físicos más llamativos entre los que acompañan estas emociones afectan a la respiración y a la circulación sanguínea de ambos miembros de la pareja. Existe una disnea manifiesta y el pulso resulta acelerado; sólo tras el orgasmo se consigue una respiración más profunda, satisfactoria, y se apacigua la actividad cardíaca. Estas perturbaciones parecen representar el equivalente de la notable tendencia a la adaptación que exige el paso del modo de oxigenación fetal a la respiración extrauterina. ¿Puede llevarse la comparación entre el coito y el proceso del nacimiento hasta ver en el ritmo del apareamiento la repetición

abreviada de la periodicidad de los dolores del parto? No me atrevería a decidir por el momento.¹⁸

Notemos todavía que el coito va acompañado también de claros impulsos agresivos. Este componente, cuyo desarrollo hemos seguido hasta llegar a la genitalidad en el capítulo consagrado al desarrollo del sentido de realidad erótica, se expresa durante el acto sexual por manifestaciones musculares de intensidad creciente, que no sólo tienen por fin retener el objeto de amor, sino que también poseen algunos rasgos sádicos evidentes (morder, arañar). Las primeras manifestaciones vitales del recién nacido descubren también que el trauma vivido durante el nacimiento y en particular la complexión sufrida en el canal obstétrico despierta no sólo la angustia sino también la cólera, y ésta se repite en el coito.¹⁹

El estado de la pareja se caracteriza durante el *orgasmo* e incluso después por una disminución considerable y hasta una abolición completa de la conciencia (normalmente, en el período precedente al orgasmo, la actividad psíquica consciente se limita a la voluntad de alcanzar el objeto sexual). Los ejemplos tomados en el reino animal evidencian aun mas claramente la concentración sobre la sensación satisfactoria. También allí ocurre que la sensibilidad dolorosa queda abolida por completo. Algunas especies de lagartos se dejan partir en pedazos antes que interrumpir el acto sexual: hay salamandras a las que ni siquiera la mutilación hace desistir del apareamiento. El conejo doméstico cae durante el orgasmo en un estado próximo a la catalepsia y luego, inconsciente, con el pene introducido en la vagina de la hembra, permanece tendido junto a ella, totalmente inmóvil. Al considerar este estado, así como el sentimiento de total satisfacción y la ausencia absoluta de deseos que lo acompaña, no hacemos sino ser consecuentes con el objetivo del coito que, para el individuo completo, significa que ha realizado inconscientemente la existencia intrauterina de un modo alucinatorio: pero al mismo tiempo, para el órgano genital y para las células germinales, esto significa la realización a la vez simbólica y real de este objetivo. Probablemente, la feliz victoria sobre el trauma de nacimiento se expresa también en la misma ocasión. Hablaremos más tarde en detalle de las variaciones del bloqueo que suponemos se producen durante el orgasmo, pero de momento nos contentaremos con esta descripción.

Para terminar, quiero señalar la estrecha relación que existe entre el apareamiento y el *sueño*, tanto en el hombre como en numerosas especies animales. Esto coincide totalmente con nuestras previsiones teóricas, porque consideramos tanto al sueño como al acto sexual como regresiones a la vida intrauterina. Volveremos a considerar detalladamente estas analogías y las diferencias que existen entre ambos fenómenos; ahora solamente indicaremos que muchos animales, y también el hombre, sucumben gustosamente al sueño tras el coito. Nuestras experiencias psicoanalíticas nos indican que la mayoría de los casos de insomnio de origen psíquico pueden atribuirse a perturbaciones de la función genital y sólo curan si tales perturbaciones son suprimidas.

5. La función genital individual

Podemos preguntarnos ahora si este estudio del desenvolvimiento y evolución ontogénicas del coito permite abordar también el *sentido* de este proceso que se repite con una uniformidad tan notable en gran parte del mundo animal.

Desde el punto de vista puramente biológico, consideramos el coito como un acto de descarga periódica cuyo objetivo consiste en reducir la tensión libidinosa que se acumula a lo largo de la vida del individuo, tensión libidinosa que acompaña cualquier actividad no erótica de los órganos y que desplaza “amfimícticamente” desde los diversos órganos hacia el aparato genital. En consecuencia, todos los órganos intervienen en los procesos del apareamiento, pero en particular la totalidad de cantidades y de formas de la libido insatisfecha de las zonas erógenas y de los estadios organizativos superados en la edad adulta.

18.- El parentesco entre *angustia* y *libido* constituye una de las tesis fundamentales de Freud. Desde sus primeras comunicaciones psicoanalíticas, Freud indica que los síntomas de la neurosis de angustia y las emociones del coito son de la misma naturaleza.

19.- Es posible que el sentimiento de rabia impotente forme parte integrante de la angustia. (Compárese esta concepción del sadismo y el capítulo relativo a la satisfacción sexual en el libro de Rank: *El trauma de nacimiento*).

Sin pronunciarnos sobre la naturaleza del proceso fisiológico en cuestión, recordemos la similitud entre la consecución final de las funciones de apareamiento y de secreción y supongamos que se hallan condensadas en los procesos de erección y de eyaculación (esbozados también en el acto genital femenino) todas las tendencias a la autonomía cuya realización ha sido abandonada en provecho de la «función de utilidad». Un ser vivo que dispone de una función genital evolucionada es capaz de una mejor adaptación a las tareas de la existencia, incluso en las actividades no eróticas; puede diferir sus satisfacciones eróticas durante bastante tiempo para que no perturben la función de conservación. Podemos decir entonces que el aparato genital es al mismo tiempo un órgano «útil» que favorece los planes de la función de realidad.

Poseemos tan sólo ideas muy imprecisas en cuanto a las modificaciones de bloqueo que siguen a la satisfacción genital y no podemos emitir una opinión más concreta salvo sobre el aspecto psicológico del proceso orgásmico. Ocurre como si, en las condiciones del coito, una tensión elevada a un alto grado de intensidad se apaciguara *repentinamente* y con *extrema facilidad*, de forma que la movilización intensa de las energías de bloqueo resultara *bruscamente* inútil. La fuerza de este poderoso sentimiento de bienestar puede atribuirse, lo mismo que el placer que procura el chiste, a la economía en energía de bloqueo (Freud).²⁰ Paralelamente a este sentimiento, puede imaginarse un reflujo «genitófugo» de la libido hacia los diversos órganos, dependiente del flujo «genitópeto» que, en la fase de tensión, ha dirigido las excitaciones de los diversos órganos hacia el aparato genital. En el momento en que la libido se aparta del órgano genital hacia el organismo psicofísico entero, nace la «sensación de bienestar» que recompensa a los órganos por su buen funcionamiento y les incita al mismo tiempo a nuevos logros.²¹

La satisfacción orgásmica corresponde de alguna manera a la *genitalización explosiva de todo el organismo*, a la identificación *total* de todo el organismo con el órgano de ejecución bajo el efecto de la fricción.

Por seductora que sea esta concepción de proceso de apareamiento desde el punto de vista de la economía psicofísica, no siempre basta para explicar por qué la acumulación y la descarga de la energía sexual reviste *precisamente esta forma* en casi todo el mundo animal. Mientras esta cuestión siga sin respuesta, no podemos pretender disponer de una explicación suficiente. El psicoanálisis nos enseña que podemos paliar esta insuficiencia, al menos en lo que concierne a los procesos psíquicos, completando el aspecto puramente ontológico (descriptivo-económico) mediante el aspecto histórico-genético. De este modo, hemos tratado -como hicimos anteriormente con los diversos modos de manifestación del sentido de realidad- de atribuir las manifestaciones impulsivas de la sexualidad a la tendencia a restablecer la situación prenatal, especie de compromiso entre esta tendencia, aparentemente abandonada en la vida real aunque de hecho sólo se prescindió parcialmente de ella, y los obstáculos que encuentra en la realidad. De este modo, las fases del desarrollo sexual tal como las ha descrito Freud aparecen como tentativas constantemente repetidas para conseguir este objetivo, mientras que la propia organización genital corresponde a una realización final, aunque parcial, de la exigencia impulsiva. Pero parece que esta satisfacción impulsiva no alcanza su objetivo directamente, sino que debe tratar de reproducir constantemente la historia de su propio desarrollo, comprendida la lucha adaptativa, en sí misma penosa, que se le impone al individuo por la perturbación de una situación anterior agradable. La primera y más intensa lucha adaptativa en la vida de un individuo está constituida por la experiencia traumática del nacimiento y el trabajo de adaptación impuesto por la nueva situación. Suponemos entonces que el coito no sólo representa un retorno -semifantástico, semirreal- al seno materno, sino que manifiesta también mediante sus síntomas la angustia del nacimiento y la victoria conseguida, es decir, la venturosa realidad del nacimiento. Es cierto que durante el coito existen dispositivos apropiados que velan para que la angustia no supere un cierto grado; y aún se despliega mayor solicitud para que la consecución repentina y casi completa del objeto de la satisfacción (el útero de la mujer) transforme esta angustia en placer intenso.

20.- El placer que procura el cosquilleo resulta de esta misma economía. Podemos suponer además que la mayor parte de las zonas sensibles al cosquilleo están “genitalizadas”, en particular el hueco de la axila.

21.- Esta idea de un flujo genitópeto de la libido, y la inversión del mismo durante el orgasmo, fue mencionada ya por el autor en la “Discusión sobre el onanismo”, en Viena, 1912.

Podemos alinear esta hipótesis con los ejemplos que Freud utiliza para ilustrar la *compulsión de repetición* en su obra «Más allá del principio de placer» (1921). Esta analogía adquiere posiblemente más valor debido a que conduce a un resultado idéntico a partir de hipótesis totalmente diferentes. Freud explica determinados síntomas de la *neurosis traumática* y también algunas particularidades del *juego del niño* por la compulsión a descargar progresivamente, mediante pequeñas dosis multiplicadas, las cantidades de excitación no liquidadas y que no pueden ser deshechas en «bloqueo» debido a su intensidad. También nosotros consideramos que el coito representa la descarga parcial del “efecto de choque” del traumatismo del nacimiento que aún no ha sido liquidado; pero al mismo tiempo vemos también en ello un juego o, más exactamente, una fiesta conmemorativa que celebra la feliz liberación de una situación difícil, y por último la negación del traumatismo mediante una alucinación negativa.

Somos incapaces de dar una respuesta coherente a la cuestión formulada por Freud, relativa a si esta repetición constituye una obligación o bien un placer, si se sitúa más acá o más allá del principio de placer, al menos en lo que concierne al impulso de apareamiento. Pensamos que en la medida en que corresponde a la liquidación progresiva del efecto de choque, es una obligación, es decir, una reacción de adaptación impuesta por una perturbación exógena. Pero en la medida que representa la negación alucinatorio-negativa de la perturbación en cuestión, o una fiesta conmemorativa de esta victoria, tenemos que vérnoslas con puros mecanismos de placer.

Numerosos indicios inducen a creer que las fuerzas impulsivas están desigualmente repartidas entre el soma y el germen, como si la mayoría de los impulsos no resueltos se hubieran acumulado en el germen; la compulsión de repetición traumática emanaría, pues, esencialmente de éste, liberando así al individuo tras cada repetición (o cada coito) de una fracción de malestar. Nos tienta sobremanera atribuir la tendencia auto-castradora que se manifiesta en el acto genital a la tentativa de expulsar del cuerpo, en su totalidad o en fracciones, la secreción genital que causa la sensación de malestar. Pero al mismo tiempo el coito carga también a su cuenta la satisfacción individual del soma, es decir, la liquidación de los traumatismos menores sufridos en el transcurso de la existencia, superándolos con bastante facilidad.

En este carácter lúdico vemos el elemento de puro gozo de la satisfacción genital; ello nos permite finalmente formular una opinión de alcance algo más general sobre la *psicología del erotismo*.

Se sabe que la mayoría de las actividades impulsivas son desencadenadas por perturbaciones que afectan al organismo desde el exterior, o bien que nacen de modificaciones internas igualmente perturbadoras. Por el contrario, en lo que concierne a los impulsos lúdicos, entre los cuales podemos clasificar también en cierto sentido los impulsos eróticos, es la propia pulsión la que suscita un malestar, con el único objetivo de gozar luego al interrumpirla. Lo que caracteriza, pues, la tendencia lúdica y el erotismo es que, al contrario de otros casos en que la situación de malestar sobreviene de improviso, este malestar sólo se autoriza primeramente según una dosificación conocida y medida, y en segundo lugar las modalidades defensivas son previstas de antemano e incluso a menudo en un grado excesivo. En este sentido, tengo la tentación de considerar, por ejemplo, al hambre como un instinto simple que trata de que cese la sensación de malestar provocada por la privación física, y al apetito como su paralelo erótico; pues, en el caso del apetito, esta pequeña privación unida a la seguridad de una satisfacción correspondiente debe más bien representar un placer preliminar. Suponemos entonces que las organizaciones sexuales, en particular las funciones de apareamiento, se han constituido también de forma tan ingeniosa que se pueda contar con la satisfacción de manera segura. Así, pues, la sexualidad no hace *sino jugar* con el peligro. Según nuestra descripción, en la sexualidad genital toda la tensión sexual del organismo se halla convertida en sensación *de prurito de los órganos genitales*,²² *de la que resulta muy fácil desembarazarse; pero al mismo tiempo la tendencia de todo el organismo a retornar al útero materno se desplaza también sobre una parte del cuerpo, el órgano genital, mediante el cual puede realizarse sin dificultad.*

El coito recuerda así esos melodramas en los que se acumulan las nubes amenazadoras presagiando una

22.- El proceso inverso sería la conversión histérica, el desplazamiento de la agitación genital hacia la inervación aferente de otras partes del cuerpo.

auténtica tragedia, pero en los que se tiene siempre la impresión de que «a pesar de todo acabará bien²³».

El único motivo que a nuestro parecer puede justificar esta repetición lúdica es el recuerdo de haber sido liberado de un malestar, que Freud evoca igualmente como uno de los motivos del juego del niño. El que el ser humano haya sobrevivido al peligro implicado por el nacimiento y la alegría de haber hallado la posibilidad de existir en el exterior del cuerpo materno, permanecen en la memoria para siempre. Esto es lo que la incita a reproducir periódicamente situaciones peligrosas similares pero atenuadas, por el único placer de volver a gozar de su superación. Es posible que el retorno temporal al seno materno tal como se vive en el coito y, simultáneamente, la repetición y el dominio lúdico de todos los peligros inherentes al nacimiento y a la lucha de adaptación a la vida, consigan un efecto vivificante en el mismo sentido que la regresión cotidiana del sueño. El reinado autorizado periódicamente del principio de placer aporta consuelo al ser vivo empeñado en una difícil lucha y le proporciona la fuerza para proseguirla.

Mi obstinación en mantener la regresión al útero materno en el centro de la teoría, a pesar de todas las dificultades de conceptualización que implica, la debo esencialmente a una experiencia psicoanalítica. Es llamativo constatar con qué constancia las formaciones psíquicas más diversas (sueño, neurosis, mito, folklore, etc.) representan mediante un mismo símbolo el coito y el nacimiento: *ser salvado de un peligro*, sobre todo del agua (líquido amniótico): al mismo tiempo, con qué regularidad expresan las sensaciones experimentadas durante el coito y en la existencia intrauterina con los sentimientos de *nadar, flotar o volar*; por último, la identidad simbólica que se encuentra entre el *órgano genital* y el *niño*.²⁴

Pensamos haber descubierto el sentido completo del acto genital del que el orgasmo constituye el punto final. Cuando la tensión libidinosa, restringida generalmente al órgano genital, irradia de modo brusco todo el organismo, éste no sólo comparte por un instante el placer de los órganos sexuales, sino que incluso goza de nuevo del bienestar intrauterino.

Así, pues, según nuestra concepción, la cópula resume en un solo acto toda una serie de secuencias cargadas de placer y de angustia. Por una parte, el placer de ser liberado de excitaciones impulsivas molestas, el placer de retornar al vientre materno, el placer de un feliz desenlace del nacimiento; por otra, la angustia experimentada en el transcurso del nacimiento que se revivirá durante el retorno (fantaseado). Como el retorno se limita *en realidad* al órgano genital y al esperma, mientras que el resto del cuerpo puede preservar su integridad (y sólo participa en la regresión de modo «alucinatorio»), resulta posible eliminar del orgasmo todo elemento angustioso y terminar el coito con un sentimiento de satisfacción plena.

El punto oscuro de nuestro razonamiento es indiscutiblemente la curiosa combinación entre el placer de la satisfacción y la función de conservación de la especie que presenta el acto de apareamiento. Hay que admitir que la ontogénesis del individuo no proporciona explicaciones satisfactorias. Veamos ahora si el paralelo filogenético, prudentemente evitado hasta aquí, puede hacernos avanzar un poco.

B

PARTE FILOGENETICA

6. El paralelo filogenético

Pido anticipadamente que se me excuse la audacia de esta irrupción en un terreno científico que me es extraño, y debo indicar de entrada que no son datos biológicos los que me han llevado a formular la idea de una catástrofe individual del nacimiento y de su repetición en el coito, sino una vez más sólo la experiencia

23.- He tenido el gusto de hallar esta misma concepción del erotismo en la hermosa obra de Ossipow titulada: *Tolstoi Kinderheitserinnerungen* (1923) (Recuerdos de la infancia de Tolstoi). Compara también la angustia del placer sexual con el apetito, oponiéndolos a las verdaderas privaciones como el hambre.

24.- Si un día llega a confirmarse nuestra hipótesis, aportará también alguna luz sobre la génesis de los símbolos. Un verdadero símbolo tendría el valor de un *monumento histórico*, sería un *precursor histórico* de los modos de actuar pertenecientes a una época periclitada, o sea, *restos mnémicos* a los cuales nos sentimos inclinados a volver, tanto en el plano psíquico como en el físico.

psicoanalítica, y en particular la que corresponde al ámbito del simbolismo. Si se acepta el presupuesto, confirmado por innumerables observaciones, de que fragmentos enteros de historia perdida o inaccesible de otro modo se han conservado como si fueran jeroglíficos en la formas de expresión simbólica o indirectas del psiquismo y del cuerpo, puede comprenderse y perdonarse que osemos aplicar a los grandes misterios de la génesis de la especie este método de desciframiento que ha dado buenos resultados en el ámbito de la historia individual. Cuando nuestro maestro Freud se entregaba a tentativas de este orden, tenía la costumbre de repetir que no sentía ninguna vergüenza por extraviarse durante las excursiones en medio de lo desconocido. En el peor de los casos pueden situarse rápidamente postes indicadores a lo largo los caminos recorridos para evitar que otros cometan errores semejantes.

Digamos de entrada que el punto de partida de todas las especulaciones siguientes ha sido la frecuencia extraordinaria con la que en las manifestaciones de las organizaciones psíquicas normales y patológicas más diversas, en las producciones del psiquismo individual y colectivo, el símbolo del pez o, más exactamente, la imagen de un pez flotando o nadando en el agua, expresa a la vez acto sexual y la situación intrauterina. Una idea fantástica ha germinado en mi espíritu a propósito de una observación de este tipo particularmente impresionante: podría ocurrir que, además del parecido puramente exterior entre las situaciones del pene en vagina, del niño en el vientre materno y del pez en el agua, este simbolismo expresara también una parte de conocimiento filogenético inconsciente debido a que descendemos de vertebrados acuáticos. Pues, tal como hemos aprendido en nuestros estudios, el hombre desciende efectivamente del pez y se venera al famoso «*amphioxus lanceolatus*» como el antepasado de todos los vertebrados, y por tanto también del hombre.

Desde que apareció esta idea, multitud de argumentos han afluido constantemente de todas partes, algunos extraordinariamente arriesgados. Hemos pensado lo que ocurriría si toda la existencia intrauterina de los mamíferos superiores no fuera más que repetición de la forma de existencia acuática de antaño, y *si el nacimiento representara simplemente la recapitulación individual de la gran catástrofe que, al secarse los océanos, obligó a muchas especies animales y por supuesto a nuestros antepasados animales a adaptarse a la vida terrestre y, en primer término, a renunciar a la respiración branquial para desarrollar órganos propios con que respirar el aire*. Y si el gran maestro Haeckel ha tenido el coraje de formular la ley biogenética fundamental según la cual el desarrollo embrionario (“palingénesis”) reproduce abreviadamente toda la evolución de la especie, puede darse un paso al frente y suponer que *el desarrollo de los anejos protectores del embrión (que se han considerado siempre como el ejemplo clásico de la “cenogénesis”) oculta también una parte de la historia de la especie: la historia de las modificaciones de los ambientes en los que vivieron los antepasados esbozados por la embriogénesis*. Cuando me he puesto a hojear las obras sobre la historia de la evolución, he constatado que ideas similares ya habían sido expresadas por Oken, filósofo naturalista contemporáneo de Goethe, pero que sus sucesores más famosos, sobre todo Haeckel, las habían rechazado enérgicamente. Según Haeckel, sólo las fases evolutivas del propio embrión poseen el valor de documentos históricos, pero no las de los dispositivos de protección embrionaria cuyas modificaciones expresan una continua evolución. Nuestra concepción se opone a esta tesis; estimamos que el dispositivo de protección embrionaria no constituye una formación totalmente nueva, «cenogénica», sino que se trata aquí también de una repetición: la recapitulación de todos los cambios que se han producido en el entorno durante la evolución de la especie. Pensamos, pues, que existe un paralelo entre la filogénesis y no sólo la ontogénesis, sino también la evolución de la protección embrionaria o «perigénesis». (*Paralelo onto, filo y perigenético*.)

Hallamos ideas semejantes a las que acabamos de expresar -en forma de comparaciones y de imágenes poéticas- en los escritos llenos de imaginación y de ingenio de Bölsche, autor popular muy conocido que todavía no ha sido apreciado en su justo valor como pensador original. Sin embargo, en un pequeño ensayo psicoanalítico publicado hace algún tiempo, sostuvimos que este tipo de comparaciones surgía de las profundidades del conocimiento inconsciente.²⁵ Hemos supuesto también que Bölsche, discípulo y fiel seguidor de Haeckel, no comparte en este punto las opiniones de su maestro. Hablando del órgano genital masculino, escribe: «Hay también una porción de pasado en este órgano. Es un órgano-Melusino. A través de él, el ser humano mantiene todavía su parentesco con el pez, su lejano antepasado en el inicio de los

25.- “Análisis de las comparaciones”.

tiempos.» Y no se detiene en esta comparación: considera que el origen de este instrumento es tan sólo una cuestión accesoria (*Anhängselsache*), opinión que no compartimos. Y luego, hablando de la salamandra, uno de los primeros animales que pasan su período embrionario en el cuerpo materno, añade: «El cuerpo materno se transforma en el mar de la salamandra; es en él donde vive toda su fase branquial.» Pero de hecho esto viene a admitir la concepción que hemos formulado como *el com plemento perigenético de la ley biogenética*, es decir, que considera las organizaciones protectoras intrauterinas del embrión como equivalentes a la forma de vida acuática del pez.

Algunos detalles del simbolismo de los sueños y de las neurosis sugieren la existencia de una analogía simbólica profunda entre el cuerpo materno y el océano por una parte y la tierra madre «nutricia» por otra. Es posible que este simbolismo exprese en primer lugar el hecho de que el hombre, en cuanto individuo, es antes de su nacimiento un endoparásito acuático y tras él, durante un largo período, un ectoparásito de la madre, pero también que, en la evolución de las especies, la tierra, y el océano desempeñaron en realidad el papel de precursores de la maternidad y ocupaban la plaza de organizaciones protectoras cuidando y alimentando a estos antepasados animales. En este sentido, el simbolismo marino de la madre tiene un carácter más arcaico, más primitivo, mientras que el simbolismo de la tierra reproduce este período más tardío en el que el pez, arrojado a tierra a consecuencia de la desecación de los océanos, tuvo que contentarse con el agua que se filtraba de las profundidades de la tierra (de la que al mismo tiempo se alimentaba), en este ambiente favorable, pudo vegetar el tiempo necesario, como un parásito, para realizar su metamorfosis y convertirse en anfibio. Se trata aquí de un «cambio de significación» del simbolismo, que oculta, lo mismo que los *cambios de significación verbal* en lingüística, una parte de la historia, en este caso un capítulo importante de la historia de la especie. El simbolismo del arado, por ejemplo, en el que el psicoanálisis ha visto un depósito de experiencias antiguas pertenecientes a la historia de la civilización, o el simbolismo de las ramas que se arrancan o de los frutos que se recogen (como, por ejemplo, en el Génesis). ocultan una identificación entre la tierra labrada y fecunda y la madre. Muchos mitos primitivos relativos a la creación del mundo que representan la tierra surgiendo de los océanos comportan rasgos que permiten interpretar esta cosmogonía como una figuración simbólica del nacimiento. Pero el material psicoanalítico cotidiano aporta también ejemplos convincentes del simbolismo maternal de la tierra y del agua. En la biografía de muchos niños se descubre el hecho de la transferencia a la tierra del amor hacia la madre prohibido a consecuencia del complejo de Edipo; el niño efectúa tentativas de coito sobre agujeros cavados en la tierra o trata de llegar a una completa regresión ocultándose en huecos de la misma. Nunca olvidaré el caso de un joven homosexual indisolublemente fijado a su madre que, hasta en la adolescencia, permanecía durante horas tumbado en el fondo de una bañera llena de agua y, para poder mantenerse en esta situación que recordaba la existencia arcaica acuática, respiraba a través de un tubo que emergía del agua y que se había colocado en la boca.

En un capítulo anterior hemos interpretado el hecho de ser salvado del agua o de flotar en ella como una representación del nacimiento o del coito -interpretación por otra parte corriente en psicoanálisis-, pero también nos parece necesaria una interpretación filogenética. Caer al agua es una vez más el símbolo más arcaico, el del retorno al útero materno; mientras que ser salvado del agua alude al episodio del nacimiento, es decir, de la salida a tierra. Es una gran tentación interpretar las *leyendas sobre el diluvio* como una tergiversación de los hechos reales, fenómeno frecuentemente observado en psicoanálisis. La primera gran amenaza que se abatió sobre los animales, todos ellos de origen acuático, no era el diluvio, sino la posibilidad de la desecación. En consecuencia, la emergencia de las aguas del monte Ararat, contrariamente a lo que cuenta la Biblia, no significaría sólo la salvación, sino también la catástrofe original; fue sin duda más tarde cuando este hecho resultó modificado por el pensamiento de los terrestres. Naturalmente, al psicoanalista no le cuesta apenas esfuerzo reconocer en el Ararat, la tierra, un doble del Arca de Noé según una capa más profunda del simbolismo, constituyendo tanto uno como otra una representación del cuerpo materno al que cualquier animal superior atribuye su origen. Añadamos tan sólo que este material mítico exige una interpretación suplementaria desde un punto de vista filogenético.²⁶

Tal interpretación suplementaria parece imponerse ahora en lo que concierne a las explicaciones

26.- Evoquemos también aquí el salvamento de los judíos que atravesaron el mar Rojo sin mojarse los pies.

propuestas en los capítulos precedentes. En efecto, éstas presentan los diversos procesos del coito como acciones simbólicas, mediante las cuales el individuo revive el placer de la existencia intrauterina, la angustia del nacimiento y, por último, la alegría renovada de escapar felizmente a este peligro. Al identificarse con la verga que penetra en la vagina y con los espermatozoides que invaden el cuerpo de la mujer, el individuo reproduce simbólicamente el peligro mortal que sus antepasados animales superaron victoriosamente, gracias a un entorno favorable, cuando sobrevino la catástrofe geológica de la desecación de los océanos.

Por el momento, esta hipótesis se apoya sobre una simple deducción de símbolos. Si admitimos que el pez en el agua representa, como en tantos ritos mágicos de fecundación, al niño en el seno de la madre, y si en los sueños nos vemos obligados tan a menudo a interpretar al niño como un símbolo peneano, la significación del pez representando al pene y la del pene representando al pez se hace más fácil de comprender, y se afianza la idea de que, en el coito, el pene no representa tan sólo el modo de existencia *natal* y *prenatal* del hombre, sino también las *luchas del antepasado animal* que ha vivido la *gran catástrofe de la desecación*.

La embriología y la zoología comparadas proporcionan dos argumentos sólidos en favor de esta hipótesis que, a primera vista, parece muy audaz. La embriología nos enseña que *únicamente los animales terrestres desarrollan membranas amnióticas que encierran el líquido amniótico para proteger al embrión*: en cuanto a la zoología comparada, permite constatar que las especies animales cuyos embriones se desarrollan *sin membranas amnióticas* (anamnia) no presentan *apareamiento propiamente dicho*, realizándose la fecundación y el desarrollo del huevo fecundado fuera del cuerpo materno, la mayoría del tiempo libremente, en el agua. Así, en los peces sólo hallamos algunas tentativas esporádicas de fecundación interna; la evolución continua e ininterrumpida del órgano de apareamiento sólo comienza en los anfibios y éste no alcanza la erectilidad característica de los mamíferos más que en algunos reptiles. La posición de verdaderos órganos genitales, el desarrollo en el interior del cuerpo materno y la supervivencia a la gran catástrofe de la desecación constituyen, pues, una entidad biológica inseparable; podría verse con ello la causa última de la identidad simbólica que existe entre el vientre materno, el océano y la tierra, por una parte, y, por otra, entre la verga, el niño y el pez.

Los darwinianos objetarán sin duda que es normal la supervivencia de las únicas especies que han sabido adaptarse orgánicamente a la vida terrestre y que la aparición de la protección embrionaria puede atribuirse a la supervivencia de la mejor variedad según el principio de la selección natural; les responderemos que el psicoanalista se siente más atraído por el pensamiento de Lamarck, más centrado sobre la psicología en la medida en que reconoce también el papel que desempeñan las tendencias y las mociones impulsivas en la filogénesis, mientras que el gran naturalista británico lo atribuye todo a la mutación, o sea, al azar. La concepción darwiniana no explica en absoluto esta repetición de formas y modos de funcionamiento activos en los nuevos productos de la evolución, repetición que se halla por doquier en la naturaleza. Según todas las probabilidades, esta concepción rechazaría la noción de regresión, de la que el psicoanálisis no puede prescindir. Mantengamos nuestra hipótesis en consecuencia, sin dejarnos turbar por esta concepción, y afirmemos que en la genitalidad se expresan no sólo los recuerdos de la catástrofe ontogenética, sino también los de las catástrofes filogenéticas, que llegan posiblemente así a una abreacción inmediata.

7. Datos relativos a la «regresión thalasal»

Pero no nos facilitemos la tarea en exceso: enumeremos, aunque sea en un orden poco riguroso, los argumentos que creemos deponen en favor del atractivo de la *regresión thalasal*, es decir, la noción de un deseo de retornar al océano abandonado en los tiempos primitivos; y sobre todo los argumentos que parecen reforzar la tesis según la cual esta fuerza impulsiva, o más exactamente esta atracción, reaparece y prosigue en la genitalidad.²⁷

Tomemos como punto de partida el paralelo existente entre el modo de apareamiento y el desarrollo de los órganos genitales, por una parte, y, por otra, la vida en el mar y la vida sobre la tierra y en el aire. «Los

27.- La palabra “impulso” acentúa el aspecto adaptativo, el carácter de adecuación del funcionamiento orgánico, mientras que el término “atracción” subraya más bien el carácter de regresión. Naturalmente, comparto la opinión de Freud, a saber: que incluso los impulsos dirigidos hacia “adelante” extraen su energía de la fuerza de atracción del pasado.

animales inferiores que arrojan simplemente su esperma y sus óvulos en el agua donde se producirá la fecundación -escriben Hesse y Doflein en su hermoso libro- no presentan, según nuestros conocimientos, ningún comportamiento específico previo a esta descarga». Pero cuando más se eleva el nivel evolutivo, o, según nuestra concepción, más complejo es el pasado histórico de la especie, más eficaces resultarán las medidas tomadas para asegurar la supervivencia de las células germinales en un ambiente favorable. El hecho es que la evolución de los órganos genitales externos comienza repentinamente, al mismo tiempo que se produce la catástrofe en la evolución de los anfibios. Éstos, por cierto, ni siquiera presentan aún un verdadero órgano de apareamiento, que sólo aparece en los reptiles (lagarto, serpiente, cocodrilo, tortuga): pero en la rana ya se da una especie de coito *per cloacam*: la cloaca del macho se aplica contra o se introduce en la de la hembra. Estos animales, a tenor de su doble modo de existencia acuática y terrestre, pueden elegir entre fecundación interna y fecundación externa, lo cual significa que la fecundación de los óvulos puede tener lugar o bien en el agua o bien en el cuerpo de la hembra. También aparecen aquí por primera vez caracteres sexuales secundarios más evidentes, como las durezas de los miembros anteriores de la rana macho que le permiten sujetar a la hembra. La primera prolongación peneana la hallamos en el lagarto, aún desprovisto de canal, pero que dispone de un útil perforador que emerge de la cloaca, y en el cocodrilo, como hemos dicho, se observan las primeras manifestaciones de erectilidad.

En el tritón macho se da ya una relación interna entre la eliminación uretral y la eyaculación; y esta relación alcanza por primera vez su nivel superior en un vertebrado primitivo, el canguro: la cloaca se divide en recto y uretra, y el canal de evacuación común al esperma y a la orina atraviesa, como en el hombre, una prolongación peneana eréctil.

Esta serie evolutiva presenta una cierta analogía con las fases del desarrollo del sentido de realidad en el individuo, según la descripción que hemos ofrecido al principio. Las tentativas del macho por introducir en las vías genitales de la hembra una parte de su cuerpo así como su secreción genital, que al principio resultan torpes, recuerdan las tentativas del niño, también inicialmente inexpertas pero que luego se perfilan mejor para obtener a la fuerza, con ayuda de su organización impulsiva erótica, el retorno al útero materno y revivir, al menos de un modo parcial y simbólico, el nacimiento, “anulándolo” de alguna forma al mismo tiempo. Este punto de vista concuerda también con el de Freud; en efecto, él considera que los diversos modos de apareamiento que pueden observarse en el reino animal son como los modelos biológicos de las diversas formas de expresión de la sexualidad infantil y de las prácticas perversas.

Llegados a este punto, necesitamos de nuevo dar libre curso a nuestra imaginación si queremos hallar una respuesta, aunque sea provisional, al problema todavía irresoluto de lo que pudo incitar a los anfibios y a los reptiles a desarrollar un pene. (Pues, según nuestra concepción lamarckiana, no hay evolución sin motivación interior, y no existe cambio que no corresponda a una adaptación a determinada perturbación exterior.) Esta motivación podría residir muy bien en la tendencia a *restablecer* la forma de vida perdida en un medio húmedo que contiene al mismo tiempo sustancias nutritivas, dicho de otro modo, a *restablecer la existencia acuática en el útero materno, húmedo y rico en alimentos*. La madre, según el «simbolismo invertido», cuya utilidad hemos visto ya muchas veces, *es en realidad un símbolo y un sustituto parcial del océano y no a la inversa*. Ya lo hemos dicho, y he aquí cómo nos representamos las cosas: lo mismo que las células germinales de los animales superiores perecerían sin protección fetal y los retoños se malograrían sin cuidados maternos, todas las especies animales hubieran también perecido en el momento de la catástrofe de la desecación si su supervivencia no hubiera quedado asegurada en el transcurso de la adaptación a la vida terrestre por circunstancias favorables y fortuitas y por las tentativas de regresión a la vida ecto y endoparasitaria. Por último, los vertebrados superiores han conseguido organizar la fecundación interna y el desarrollo intrauterino, combinando también con éxito la forma de existencia parasitaria y el deseo de regresión thalasal.

Se halla también otra analogía entre el feto en el útero y el animal en el medio acuático, en el modo de aprovisionamiento de oxígeno y de alimento. Para cubrir sus necesidades de oxígeno, el feto posee vellosidades coriales que flotan libremente en los vasos sanguíneos de la placenta materna, y efectúa sus intercambios gaseosos por ósmosis. *Son estas vellosidades coriales (y no las branquias embrionarias que nunca son funcionales) las que pueden ser asimiladas a los órganos branquiales de los animales acuáticos*, para los que el oxígeno proviene, también por osmosis, de un medio líquido y no del aire como en las especies terrestres. La placenta embrionaria constituye, pues, un órgano de aspiración de naturaleza parasitaria,

imitando a la respiración branquial que se encarga de proveer al embrión de oxígeno (y de alimento) a la espera de que sus propios órganos le permitan llevar una vida terrestre autónoma, en el interior del cuerpo materno. Si pretendemos tomar en serio la tesis del “paralelo perigenético”, debemos suponer la existencia, durante el período de transición entre la vida oceánica y la vida terrestre, de antepasados animales que han conservado su facultad de respirar con las branquias esperando que se desarrollaran unos pulmones capaces de funcionar. Tales especies han subsistido hasta hoy. A este respecto escribe Haeckel: «Entre los peces auténticos y los anfibios aparece la extraña clase de los peces pulmonados (*Dipnoi. Protopten*). No son muchos actualmente: el pez pulmonado de América en el Amazonas (*Lepidosiren paradoxa*) y el pez pulmonado de África (*Protopterus annectens*), que se halla en diversas regiones de este continente. En verano, durante la estación seca, estos extraños animales se esconden bajo el fango en un nido de hojas y respiran con los pulmones, como los anfibios. Durante la estación húmeda del invierno, viven en los ríos y en los pantanos y respiran con branquias como los peces.» Haeckel nos dice también que los zoólogos continúan discutiendo acaloradamente para tratar de saber si los peces pulmonados son en realidad peces o anfibios. El cree que constituyen una clase aparte, que significan la transición entre las dos.

Es bien conocida la evolución que desarrollan los anfibios para adaptarse a la vida terrestre. Las ranas jóvenes respiran con ayuda de branquias y, mientras son alevines, nadan en el agua como los peces: pero el individuo adulto vive en tierra y respira con los pulmones.

Basta con suponer que *en los mamíferos superiores la respiración branquial placentaria está limitada al período embrionario*, y tenemos una serie evolutiva continua que va desde el pez hasta el hombre, pasando por el anfibio, en el que la tendencia a volver a la existencia acuática nunca ha sido abandonada por completo, incluso si en el caso del hombre esto se limita a la fase del desarrollo intrauterino. Añadamos aún que la tendencia regresiva thalasal permanece activa incluso tras el nacimiento y se manifiesta a través del erotismo (en particular la cópula), así como en los estados de sueño, mencionados a título complementario y estudiados más a fondo en el apéndice de este trabajo.

Casi no podemos considerar como una mutación accidental el que el desarrollo de un saco amniótico lleno de líquido, a guisa de órgano protector del frágil embrión, se produzca únicamente en las especies que nunca han respirado con branquias en la vida extrauterina (reptiles, pájaros, mamíferos). El psicoanálisis, inducido a buscar la determinación y la motivación de todo proceso biológico y psíquico, se acomoda mejor a la hipótesis según la cual *el líquido amniótico representa el océano “introyectado” en el cuerpo materno*, o, como dice el embriólogo R. Hertwig, “el débil y frágil embrión nada, se mueve y se desplaza como el pez en el agua”.²⁸

Puedo completar estas ideas con algunos hechos capaces de llamar la atención, dejando al lector el cuidado de decidir si hay que ver en ellos extravagancias insignificantes o bien debemos clasificarlos entre los argumentos a favor de nuestra concepción. Hablando del desarrollo del saco amniótico de la gallina, afirma Hertwig: «Al comienzo del desarrollo, el saco amniótico es pequeño, pero poco a poco se agranda y su crecimiento es proporcional al del embrión, conteniendo gran cantidad de líquido. Al mismo tiempo, sus paredes se hacen contráctiles. Algunas células de su membrana cutánea se transforman en fibras contráctiles que, a partir del quinto día de incubación, provocan movimientos rítmicos. Podemos observar estos movimientos incluso a través de la cáscara intacta, colocando los huevos en el ooscopio de Preyer, ante un haz luminoso intenso. Podemos constatar que el amnión efectúa aproximadamente diez contracciones por minuto: éstas se inician en uno de los polos y avanzan hacia el otro mediante movimientos vermiculares. De este modo, el líquido amniótico resulta agitado y acuna regularmente al embrión de un polo a otro». Añadamos que estos movimientos se intensifican hasta el día octavo de incubación y luego disminuyen, así como la cantidad de líquido amniótico que, en todos los amniotes, aumenta rápidamente al principio para disminuir luego lentamente. Me sorprendería que ningún naturalista intentara una comparación poética con

28.- Recordemos que durante el coito la descarga emocional pasa por variaciones muy manifiestas de la respiración, hecho que hemos puesto en relación con la disnea que se produce en el momento del nacimiento; podríamos ahora ampliar todo esto también a la lucha primitiva por el oxígeno.

el mar ondulante; sin embargo, es posible que exista algo más que una simple comparación.²⁹

Incluso corriendo el riesgo de sobrecargar de hipótesis este breve ensayo, no puedo silenciar la concepción que he elaborado como paralelo filogenético al desarrollo de los caracteres y de los órganos sexuales del macho en sus relaciones recíprocas. En la parte ontogenética hemos hablado de esta tendencia general que incita al macho y a la hembra a penetrar en el cuerpo de su pareja. Se trata de una lucha de los sexos que termina con la victoria del macho y con la creación de sistemas compensatorios para la hembra.

Añadamos ahora que esta lucha tiene probablemente también un modelo en la filogénesis. Sabemos que en los anfibios, el macho, que solamente dispone de órganos de apareamiento muy rudimentarios, posee ya órganos de sujeción. Entre los machos de los vertebrados superiores, los instrumentos destinados a fascinar y a dominar a la hembra, se desarrollan y se diversifican progresivamente. Si consideramos el desarrollo cada vez más perfeccionado del instrumento de penetración del macho en los animales superiores (mientras que estos órganos son absolutamente excepcionales en sus antepasados acuáticos), llegaremos a formular la suposición siguiente: fue tras la catástrofe de la desecación, al tener que buscar por primera vez el animal un sustituto a la vida acuática perdida, cuando se manifestó también por vez primera la tendencia a penetrar en el cuerpo de otro animal, es decir, a copular con él. Al principio se trató probablemente de la «lucha de todos contra todos», pero, finalmente, el macho, más fuerte (predispuesto para este papel, como intentaré explicar más adelante), consiguió penetrar en la cloaca del adversario, e incluso, por último, a procurarse un canal para el apareamiento; la hembra adaptó enseguida su propio organismo a esta situación.

Este reforzamiento particular del dimorfismo sexual precisamente en las especies terrestres, es decir, tras la catástrofe de la desecación, indica posiblemente que la lucha durante las primeras tentativas de coito era en realidad una lucha por la humedad que reemplazaba al océano, y que las manifestaciones sádicas del coito constituyen la repetición de esta fase de lucha para el lejano descendiente de los animales archiprimitivos, el hombre, aunque no sea más que de un modo simbólico y lúdico. Probablemente este período de lucha se halla al origen del carácter terrorífico y peligroso del falo paterno, que primitivamente representaba tan sólo al niño en el útero materno.³⁰

8. Cópula y fecundación

Según nuestra hipótesis, el coito no es otra cosa que la liberación de una tensión penosa y, simultáneamente, la satisfacción del impulso de retorno al cuerpo materno y al océano, antepasado de todas las madres. Sin embargo, nada nos permite de momento comprender por qué y cómo la genitalidad de los animales superiores consigue la fusión en una sola entidad de esa tendencia a la satisfacción con el instinto de conservación de

29.- Citemos aún un hecho notable: en los mamíferos superiores, y también en el hombre, la secreción vaginal de la hembra, cuyo efecto erótico excitante hemos atribuido a las reminiscencias infantiles, posee, según la descripción de todos los fisiólogos, un olor bastante neto a pescado (*Heringslacke*). Este olor proviene de la misma sustancia (trimetilamina) que la del pescado en putrefacción.

Quienes atribuyen la periodicidad menstrual de veintiocho días a la influencia del cambio de luna (o sea, indirectamente, a la influencia ejercida sobre los antepasados acuáticos, por las mareas altas y bajas) podrían tener razón en definitiva.

Señalemos aún el extraño comportamiento durante el coito de esos mamíferos que, tras haber realizado su adaptación a la vida terrestre, han vuelto a convertirse en animales acuáticos (focas, elefantes de mar, ballenas). Sabemos que estos animales (a excepción de las ballenas) retornan a tierra firme en el período de reproducción: dicho de otro modo, están dominados por un deseo de regresión “geótopa” que les incita a restablecer una situación ya superada por sus descendientes. También se conoce el comportamiento de algunos peces de agua salada que, en época de reproducción, *remontan*, superando enormes dificultades, los ríos hasta llegar a los lechos rocosos de los torrentes montañosos donde nacieron.

30.- El coito *per cloacam* impuesto por el macho sería, pues, la causa original de que el erotismo de la hembra, que al principio era también fálico, haya sido reemplazado por el erotismo de la cavidad cloacal (Jekels, Federn), pasando el papel del pene al niño y al contenido intestinal. La imposibilidad de evacuar los excrementos cuando el pene ocupa la cloaca, y luego la liberación tras el fin del coito, o sea, una especie de “tensión anal”, y la brusca desaparición de ésta, deben provocar sensaciones voluptuosas que ofrezcan a la hembra consuelo y compensación.

la especie y de fecundación a pesar de que eran cosas aparentemente independientes en su origen. La única explicación que hemos propuesto hasta ahora es la identificación de todo el individuo con la secreción genital, en consecuencia, el cuidado que presta el individuo a su esperma no merecería apenas más atención que otras medidas de protección tomadas por muchos animales respecto a sus diversas secreciones. Pero éstas las considera el individuo como constitutivas de sí mismo; su evacuación va acompañada de un sentimiento de pérdida. Parece que la pérdida de sustancias más densas (materias fecales) se sienta con un dolor más intenso que la pérdida de los líquidos.

Pero esta explicación parece inicialmente pobre e insatisfactoria, sobre todo si consideramos que en el acto sexual no se trata sólo de depositar la secreción en lugar seguro, sino también de la instauración de un estrecho vínculo entre este acto y la fecundación, es decir, la unión de los gametos de dos sexos, seguida de inmediato por el desencadenamiento de la embriogénesis. Hay que admitir que el acto de fecundación plantea problemas de una naturaleza muy diferente a los encontrados respecto al acto de apareamiento. En efecto, la fecundación es un proceso mucho más arcaico que la unión temporal del macho y la hembra en el acto sexual. Hemos visto que el desarrollo de la genitalidad y de sus órganos de ejecución sólo aparecía en los anfibios, mientras que los unicelulares, los más inferiores de los seres vivientes, se reproducen por fecundación. Esto nos sugiere la idea de invertir el razonamiento seguido hasta aquí para ver si la verdad no está del lado de esos zoólogos que afirman que el acto de apareamiento no es más que una obligación inducida por los gametos que incita a los individuos a reunir esos gametos en un lugar lo más protegido posible. Las múltiples medidas de precaución que han sido instituidas con este objeto en el seno del reino animal con anterioridad a la aparición de la función de apareamiento, deponen claramente en favor de esta concepción y hay que preguntarse si este hecho no puede provocar el desplome de toda nuestra hipótesis sobre el deseo de regresión al cuerpo materno y al océano.

Disponemos de una sola salida: continuar elaborando sistemáticamente la idea del “paralelo perigenético”. Si es cierto que las condiciones de existencia son realmente para los seres vivos, en el transcurso de la ontogénesis, la repetición de formas de existencia arcaica, como hemos supuesto que ocurre con el embrión viviente en el líquido amniótico materno. *es preciso que en la filogénesis haya algo que corresponda al proceso de fecundación, e incluso a la maduración de los gametos (espermatogénesis, ovogénesis)*. Ese algo no puede ser sino la forma de existencia unicelular de los tiempos primitivos y su perturbación por una catástrofe primitiva que ha obligado a estos seres unicelulares a fundirse en una unidad. Es la misma hipótesis que Freud ha elaborado en su ensayo «Más allá del principio de placer», fundándose en la fantasía poética del «Banquete» de Platón. Según Freud, una gran catástrofe ha dividido la materia en dos partes, suscitando en cada uno de los fragmentos el deseo de reunificación, lo que podría representar el inicio de la vida orgánica. No hay mucho que cambiar en esta concepción si suponemos que, en la cronología de la gametogénesis y de la fecundación, se repite el desarrollo de la historia primitiva, y en consecuencia que los seres vivos se han desarrollado primero aisladamente a partir de la materia inorgánica y sólo se han visto obligados a unirse a raíz de una nueva catástrofe. El grupo de los unicelulares comprende también formas intermedias que se sitúan, como los anfibios, entre las especies acuáticas y las terrestres, entre los seres que copulan y los que no. Las ciencias naturales nos enseñan que en algunos de estos seres primitivos la aparición de condiciones desfavorables, por ejemplo, *una amenaza de sequía*, provoca una epidemia de copulaciones y que estos pequeños animales se dedican de modo continuo a unirse sexualmente.³¹ En cuanto a Bölsche, un gran imaginativo, dice que esta unión no es en realidad más que una forma refinada de devorarse. Es posible, pues, que la primera copulación celular tenga el mismo origen que el que hemos atribuido al primer apareamiento. Tras la desecación, las primeras tentativas de apareamiento entre peces hubieran tenido por objeto hallar en un cuerpo animal el antiguo ambiente familiar, húmedo y rico en alimentos, el mar. Una catástrofe similar, aún más arcaica, pudo incitar a los unicelulares a devorarse entre sí, sin que ninguno de los adversarios consiguiera destruir al otro. Así pudo realizarse una unión fundada sobre un compromiso, *una especie de simbiosis* que, tras un período de coexistencia, retorna siempre a la forma arcaica, produciendo y liberando de nuevo la célula fecundada otras «células primitivas» (las primeras

31.- Es sabido que estas epidemias de copulación son provocadas a veces por la *sobrealimentación*.

células germinales). Era el comienzo de la alternancia eterna de la unión de los gametos (fecundación) y de su secreción (espermatogénesis y ovogénesis). La única diferencia que separa este punto de vista de la hipótesis mantenida por Freud es la distancia temporal que existe, según nuestra concepción, entre la aparición de la vida a partir de la materia inorgánica y la aparición del proceso de fecundación, mientras que Freud considera que ambas nacieron al mismo tiempo, a consecuencia de esta catástrofe primitiva.

Si admitimos que la fecundación constituye también la repetición de una catástrofe primitiva semejante a la que se halla en el origen de la función de apareamiento en el mundo animal, no tendríamos que abandonar nuestra teoría de la genitalidad posiblemente y podríamos intentar compaginarla con los datos indiscutibles de la biología «pregenital». Para ello nos basta con suponer que el acto del coito y el acto de la fecundación, netamente vinculado al primero, representan la fusión en *una unidad no sólo de la catástrofe individual (nacimiento) y de la última catástrofe sufrida por la especie (desección)*, sino también *de todas las catástrofes sobrevenidas tras la aparición de la vida*; de este modo, el orgasmo no es sólo la expresión de la *quietud intrauterina* y de una existencia tranquila en un medio más acogedor, sino también *de esa quietud que precedía a la aparición de la vida, la quietud muerta de la existencia inorgánica*. La fecundación, es decir, la solución adoptada con ocasión de una catástrofe precedente, ha podido servir de modelo para la fusión en una sola entidad de los instintos de fecundación y de apareamiento, en su origen independientes. *El valor ejemplar de la fecundación según la manera en que el individuo reacciona frente a las perturbaciones actuales* no excluye la hipótesis según la cual los residuos de las tensiones producidas por las catástrofes tanto actuales como ontogenéticas y filogenéticas no son para el individuo más que producciones penosas y desagradables, que deben ser eliminadas en cuanto tales según las leyes de la autonomía.³²

De esta forma, se desvela el misterio de la coincidencia entre la función generadora y la función de copulación *en un solo acto*, en cuanto concebimos la aparición de la función de copulación en los anfibios como *una regresión al mismo modo de solución* (unión con otro organismo vivo) *que la que se demostró ventajosa en ocasión de una catástrofe anterior*. Habida cuenta de la *tendencia a la unificación* que reina de forma general en el psiquismo y también en el mundo orgánico, tendencia a reunir en un solo acto los procesos de igual sentido, no es de extrañar que se opere finalmente (tras algunas tentativas imperfectas de los vertebrados inferiores) la unión entre la eliminación de los productos actualmente perjudiciales (orina, heces), la de la tensión erótica acumulada en los órganos genitales y también la de *este producto secular generador de malestar*, que suponemos se halla almacenado en el tejido germinal.

Naturalmente, esta última sustancia está tratada con mayores miramientos que cualquier otro producto de secreción. Pero también es posible que los dispositivos alertados para la protección fetal no sean únicamente efecto de la solicitud del organismo materno, sino también, al menos parcialmente, productos de la vitalidad de las propias células germinales, como ocurre cuando algunos parásitos, instalados en el cuerpo de su huésped, utilizan determinadas reacciones de éste, puramente defensivas en su origen (aislamiento inflamatorio acompañado de exudación serosa), para construirse un abrigo seguro, lo más a menudo un quiste lleno de líquido. Por otro lado, no podemos negar la existencia de otra eventualidad: una solicitud muy especial manifestada efectivamente por el individuo respecto a estos productos, aunque esta solicitud no resulte necesariamente de un sentimiento de amor. Si nuestras suposiciones son exactas, el tejido germinal encerraría las energías instintivas más peligrosas en una concentración máxima. Mientras éstas permanecen en el organismo, se hallan probablemente aisladas del resto, es decir, alejadas del soma mediante dispositivos adecuados, enquistadas de alguna manera para impedir a las energías dañinas apoderarse del cuerpo del huésped. Así pues, el cuidado con el que se realiza la protección puede que sea más bien *una solicitud resultante del temor*. No sería de extrañar que una persona que hubiera transportado con múltiples precauciones un peligroso explosivo en su bolsillo continuara manipulándolo con prudencia cuando se tratara de depositarlo en algún sitio; del mismo modo, el temor a las perturbaciones que puede ocasionar el

32.- Freud, sin extenderse demasiado sobre la relación genética que hemos intentado establecer aquí, expresa esta misma idea en su reciente ensayo “El Yo y el Ello” (1921) de la forma siguiente: “La expulsión de los productos sexuales en el acto sexual corresponde aproximadamente a la separación del soma y del germen; por esto la previa satisfacción sexual se parece a la muerte, y por ello en los animales inferiores el acto genital coincide con la muerte.

plasma germinal es posible que intervenga para obligarle a preocuparse de los productos germinales incluso tras su evacuación del organismo. Por supuesto, no hay que descartar la explicación que ha estado en boga hasta el presente, la que justifica la protección embrionaria por el amor, es decir, por un mecanismo de identificación; ciertamente no desdeñamos el valor de esta tesis. Resulta penoso separarse de un producto, sea cual fuere, cuya pérdida comprometa la unidad del cuerpo, y el ejemplo proporcionado por el acto de la eyaculación nos ha permitido mostrar que la tensión penosa debe alcanzar un nivel considerable para decidir al organismo a abandonar uno de sus productos.

Si se recuerda la manera en que el macho y la hembra se unen y cómo el espermatozoide fecunda simultáneamente (o tras un intervalo breve) al óvulo, se tiene la impresión de que ocurre como si *el soma de los copulantes imitara hasta en los más mínimos detalles el funcionamiento de las células germinales*. El espermatozoide penetra en el micropilo del óvulo igual que la verga en la vagina; habría que llamar, al menos durante el instante del apareamiento, al cuerpo del macho un *megaesperma* y al de la hembra un *megabon*.³³ Por otra parte, esto nos permite comprender también la concepción tan desprestigiada de los «animaculistas» que consideraban a los espermatozoides y a los óvulos como seres separados, llamándolos animáculos. También nosotros creemos que en cierto sentido lo son: son las almas de las primeras células primitivas en copulación.

Parece, pues, que el soma, cuya única función original consistía en proteger las células germinales, tras haber cumplido esta primera función y satisfecho así las exigencias del principio de realidad, hubiera reivindicado su parte de placer producida por la unión de las células germinales, y desarrollado órganos de copulación. En el apéndice biológico de este trabajo indicaremos que esta vía es en todo caso la seguida por *cualquier evolución: en principio, adaptación a una tarea actual, luego restablecimiento todo lo completo posible de la situación de partida, abandonada a la fuerza*.

Es posible que sea preciso familiarizarse con la idea de que los rasgos mnésicos de todas las catástrofes filogenéticas se han acumulado en el plasma germinal igual que las experiencias traumáticas no liquidadas que perturban la vida individual están acumuladas en el órgano genital y se descargan a través de él. Según Freud actúan de idéntica forma que las excitaciones perturbadoras no liquidadas, que generan neurosis traumáticas: obligan a repetir incesantemente la situación de malestar, pero con prudencia y bajo una forma cuantitativa y cualitativamente atenuada, permitiendo cada repetición obtener la liquidación de una pequeña fracción de la tensión penosa. Lo que llamamos *herencia* es posiblemente *la transferencia a la descendencia de la mayor parte de esta tarea penosa que consiste en liquidar los traumatismos*; por el contrario, el plasma germinal, en cuanto herencia, representa la suma de las impresiones traumáticas legadas por nuestros antepasados y transmitidas por los individuos; este sería el sentido de los «enlaces» cuya hipótesis han formulado los biólogos. Si consideramos la idea desarrollada por Freud de una tendencia dominante en todo ser vivo que se esfuerza por conseguir un estado libre de toda excitación y finalmente la quietud orgánica (instinto de muerte), podemos añadir que, a lo largo de esta transmisión de una generación a otra del material traumático de excitaciones penosas, cada existencia individual elimina una parte de estas excitaciones por el mismo hecho de vivirlas. En ausencia de nuevas perturbaciones o de catástrofes, este material traumático se va agotando poco a poco, lo que equivaldría a la extinción de la especie en cuestión.³⁴

33.- La ruptura de folículo de Graaf podría compararse con el proceso del nacimiento; en lo que concierne al plasma germinal, podría constituir el prototipo del nacimiento. Se sabe por otra parte que entre el cuerpo amarillo y el útero puede establecerse una estrecha relación (¿hormonal?) a lo largo de toda la vida.

34.- He comunicado en 1919 estas reflexiones al profesor Steinnach, de Viena, cuyas experiencias de modificación sexual sobre los animales conocía, y le he enviado una breve memoria en la que indico las razones que podrían incitar a los investigadores a emprender experiencias de rejuvenecimiento. Le he sugerido que si la destrucción del plasma germinal acelera, según pienso, la muerte del soma, la implantación de glándulas frescas podría estimular las fuerzas vitales del soma, o sea, prolongar la vida. El profesor Steinnach me ha comunicado que había puesto en práctica la idea de rejuvenecimiento mediante la implantación de tejido testicular y ovariano y me ha mostrado incluso fotografías de ratas rejuvenecidas. Pero en la lectura de las comunicaciones ulteriores de Steinnach aparece claramente que la sustancia apropiada para estimular la vida no la busca en las células germinales propiamente dichas, sino en el tejido intersticial.

Como hemos dicho, estimamos que la causa última de la unificación del órgano genital y de los órganos de secreción está constituida por el carácter penoso de esta tensión que se descarga en el momento de la fecundación; recordemos también aquí el hecho de que la tendencia universal a la castración, que se manifiesta con una violencia muy especial, por ejemplo, en los psicóticos, se funda en último término en el carácter intolerable de este malestar. En el plano filogenético, esta concepción está confirmada por la caída testicular y la caída ovariana que se observa en los mamíferos superiores. Las glándulas genitales están disimuladas en las profundidades de los tejidos retro-peritoneales, a lo largo de la vida en los animales inferiores, y hasta el fin del período fetal en los superiores; es sólo luego cuando en estos últimos desciende, empujando el peritoneo ante ellos hasta la parte más baja y, en lo que concierne a los testículos, justamente hacia la superficie, bajo la piel de las bolsas. En algunas especies (talpideos), esta caída sólo se produce en el momento de la reproducción, y luego va seguida de una involución; también existe al parecer alguna especie cuyas glándulas genitales sólo descienden mientras dura la copulación. Además de la progresión en el espacio hacia los órganos de excreción, esta caída expresa también otra tendencia: como si el organismo se esforzara primeramente en desembarazarse de las glándulas germinales «en bloque», pero se contentara finalmente con eliminar la secreción glandular; del mismo modo, analizando el coito, hemos interpretado la erección como vestigio de la tendencia a eliminar totalmente el órgano que por último se limita a la eyaculación. Entre los móviles que invitan al apareamiento, hemos considerado solamente por analogía con los órganos de la fecundación aquellos que eran también accesibles desde el punto de vista psicológico; pero ignoramos casi por completo si, junto a los episodios penosos que empujan a la fecundación, intervienen también tendencias «voluptuosas» a la repetición como las que hemos aislado bajo el nombre de pulsiones eróticas, dicho de otro modo, de los impulsos que acumulan las tensiones para gozar con su descarga. No hay ninguna razón para menospreciar esta posibilidad. Una vez emitida la arriesgada hipótesis de que el proceso biológico de apareamiento representa un compromiso entre obligación traumática y tendencia erótica, e incluso la que supone la existencia de una tendencia a la fusión (motivada por el «malestar») en el plasma germinal y en sus elementos celulares, puede imaginarse también con atrevimiento que los motivos de investigación hedónica intervienen en esta unión lo mismo que intervienen en el proceso de apareamiento que, según la concepción aquí expuesta, no contribuye tan sólo a compensar los traumatismos no liquidados, sino que celebra al mismo tiempo la feliz liberación del gran peligro.

Ya hemos hablado de la influencia recíproca del soma y del germen, pero aún no hemos expuesto cómo imaginamos *la influencia que podría ejercer el soma sobre el plasma germinal*. Nadie espera que abordemos aquí la cuestión tan debatida de la transmisión de los caracteres adquiridos. Lo que el psicoanálisis puede decir sobre ello ya lo ha confirmado Freud en su síntesis biológica. A los argumentos que opone a Weismann (quien sostiene que las experiencias de los antepasados no influyen para nada en la descendencia), añadamos esta observación analítica puesta en relieve precisamente en la teoría de la sexualidad de Freud, a saber: que todo lo que ocurre en el organismo va acompañado de una resonancia sexual. Así, pues, si esta excitación sexual actúa también cada vez sobre el plasma germinal, y si consideramos a éste apto para conservar huellas, eso nos permitiría representarnos la manera en que puede y ha podido constituirse tal influencia. Contrariamente a lo que nos ha enseñado Darwin sobre el origen *pangenético* de la sustancia germinal, me inclino a pensar que las células germinales no se limitan a simples copias del soma constituidas por fragmentos arrancados a éste, sino que su árbol genealógico se remonta mucho más en el tiempo que el propio soma. Sin embargo, la suerte ulterior del soma ejerce una influencia decisiva sobre las células germinales, y esto de un modo realmente pangenético o, utilizando la nueva expresión, amfimictico; y a la inversa, no sólo las excitaciones del mundo exterior y las propias tendencias del soma, sino también las tendencias de las células germinales proporcionan al soma excitaciones impulsivas. Recordemos que todas estas nociones complejas sobre las relaciones mutuas del soma y del germen no nos han sido necesarias más que para hacer más comprensible la analogía (incluso la homología) entre los procesos o los órganos de la fecundación y de la copulación. Posiblemente he llegado a ello en cierta medida.

Para facilitar una visión de conjunto de todo lo dicho, resumamos en un cuadro sinóptico las paralelas onto, filo y perigenéticas cuyas hipótesis hemos formulado:

	Filogénesis	Onto y perigénesis
I. Catástrofe	Aparición de la vida orgánica	Maduración de las células sexuales
II. Catástrofe	Aparición de los organismos unicelulares individuales	“Nacimiento” de las células germinales maduras en las gónadas
III. Catástrofe	Comienzo de la reproducción sexuada.	Fecundación
	Desarrollo de la vida marina	Desarrollo del embrión en el útero materno
IV. Catástrofe	Desecación del océano, adaptación a la vida terrestre	Nacimiento
	Aparición de especies animales provistas de órganos genitales	Desarrollo de la primacía de la zona genital
V. Catástrofe	Era glacial, hominización progresiva	Período de latencia

Dos rúbricas de este cuadro requieren explicaciones. Al introducir una separación entre la vida orgánica y la aparición de los organismos unicelulares individualizados, desdoblamos de alguna forma la catástrofe cósmica que Freud supone en el origen de la animación de la materia. La consecuencia de la primera sería la aparición de la materia orgánica, o sea, una *materia organizada según un plan determinado*; la segunda llevaría al desarrollo, a partir de esta materia, de *individuos* aislados, dotados de autonomía y de autarquía. Según el doble sentido de la palabra «materia», que propiamente quiere decir sustancia maternal, podemos considerar este segundo proceso como el primer nacimiento, el prototipo de todos los nacimientos ulteriores. En este sentido, tendríamos que retornar a la concepción de Freud que ve el origen de la vida (o al menos de la vida individual) en una hendidura de la materia. Es posible que este fuera el primer ejemplo de autonomía: cambios exteriores han podido hacer insostenible a los elementos materiales la combinación en una gran unidad y han podido obligarles a formar unidades menores. Fuerzas similares han actuado sin duda cuando se ha constituido el primer individuo cristalino en la materia cristalina o en la «solución madre», y también entonces a consecuencia de una desecación.³⁵

La otra rúbrica que exige una explicación es la hipótesis que presenta a la era glacial como la última de las catástrofes abatidas sobre nuestros antepasados humanos. En mi artículo sobre «El desarrollo del sentido de realidad y sus estadios» (1910),³⁶ interpreté el desarrollo de la civilización como una reacción a esta catástrofe. Añadamos ahora que la era glacial ha limitado repentinamente incluso el grado de evolución genital del sentido de realidad *erótico* que ya se había alcanzado, contribuyendo los impulsos genitales inutilizados al aumento de las realizaciones intelectuales y morales «de orden superior».

Hemos indicado ya en muchas ocasiones que la formación del aparato genital, así como su capacidad para desembarazar al organismo de sus impulsos sexuales, representa un progreso esencial sobre el plano de la división del trabajo y un potente factor de desarrollo del sentido de realidad. Añadamos que en apoyo de esta tesis se dan también paralelos filogenéticos. Los amniotes vertebrados que son los primeros, según hemos visto, en desarrollar órganos de copulación, son también los primeros en quienes el cerebro, hasta entonces recto, comienza a curvarse. Se ha escrito también que en los animales placentarios se observa por vez primera la aparición del cuerpo calloso, que representa un vínculo entre los dos hemisferios cerebrales y un progreso importante desde el punto de vista de la capacidad intelectual. La evolución de la civilización humana durante el período de latencia sólo sería de este modo una de las manifestaciones -considerablemente modificada por cierto- de la primitiva e íntima relación entre impulso genital e intelectualidad.

Pero ya que hablamos del desarrollo cerebral, podemos mencionar aquí otra idea susceptible de aclarar un poco las relaciones que existen entre genitalidad e intelectualidad y, al mismo tiempo, podemos aprender algo sobre *el prototipo orgánico del modo de funcionamiento del órgano de ideación*. Ya hemos evocado el importante papel que desempeña el *olfato* en la sexualidad. Sabemos además que a medida que el cerebro se

35.- El modo de pensar ingenuamente animista de esta concepción será justificado mas adelante.

36.- “El desarrollo del sentido de realidad y sus estadios”, en el volumen II.

desarrolla, la importancia del lóbulo olfativo y el papel de la olfacción en la sexualidad se sitúa progresivamente en segundo plano, mientras que el desarrollo anatómico y funcional de los hemisferios cerebrales ocupa el primero. Por último, en los seres que se desplazan verticalmente, el elemento dominante no será ya la nariz, sino la vista, incluso en el sentido erótico; según el zoólogo Th. Zell, el mono antropoide y el hombre son «animales oculares». Consideramos que existe una analogía tan marcada entre el funcionamiento olfativo y la ideación que puede ciertamente estimarse *la olfacción como el prototipo biológico de la ideación*. El animal que olfatea, «saborea» porciones mínimas del alimento antes de decidirse a absorberlo; del mismo modo, el perro olfatea el órgano sexual de la hembra antes de confiarle su pene. ¿Y cuál es, pues, según Freud, la función del órgano de ideación? Una tentativa de acción con un gasto mínimo de energía. ¿Y la atención? Una exploración voluntaria y periódica del mundo exterior mediante los órganos de los sentidos, donde el órgano de percepción no transmite a la conciencia más que pequeños fragmentos de la excitación externa. Órgano de ideación y sentido olfativo están al servicio de la función de realidad, ya se trate de la función egoísta o de la función erótica.

Nos hemos desviado un poco del tema, las relaciones entre cópula y fecundación; pero estudiando el problema biológico central de la conservación de la especie, no es fácil resistir a la tentación de seguir aquí y allá las perspectivas que se abren a nosotros en el transcurso de este estudio. No pretendemos haber establecido una teoría completa del apareamiento, pero en cualquier caso la que proponemos podrá servir mientras se halla otra mejor. Goethe ha dicho que una teoría inexacta vale más que la ausencia de teoría, y también podemos invocar a Haeckel, que en su *Natürliche Schöpfungsgeschichte* (Historia natural de la creación) dice: «Para explicar los fenómenos, debemos aceptar y mantener cualquier teoría compatible con los hechos reales, aunque esté débilmente apoyada, esperando poder reemplazarla por otra mejor.»

C

APENDICE

9. Coito y sueño

“*Schlaf ist Schale, wirf sie fort*”.³⁷

Hemos insistido a menudo en la profunda analogía existente entre las tendencias que se expresan en el coito y en el sueño para ahorrarnos la labor de examinar más de cerca los parecidos y las diferencias entre estos dos fenómenos biológicamente tan importantes. En “El desarrollo del sentido de realidad y sus estadios” he descrito el primer sueño del recién nacido como una reproducción de la existencia intrauterina, favorecida aún por el aislamiento, el recubrimiento y el calor que le prestan cuidadosamente las personas que le cuidan. El niño que grita de angustia, trastornado por el traumatismo del nacimiento, se apacigua rápidamente en esta situación que le procura el sentimiento, medio real, medio alucinatorio, es decir, fantasioso, de que este gran traumatismo nunca ha ocurrido. Por otra parte, Freud escribe³⁸ que el hombre en realidad no nace nunca completamente, ya que pasa la mitad de su vida en el seno materno cuando se entrega al reposo nocturno.

Pero ya que hemos llegado a comparar por una parte el sueño y por otra el apareamiento a la situación intrauterina, la lógica exige que los consideremos también fundamentalmente idénticos entre sí. Pensamos que ambos procesos cumplen el mismo objetivo regresivo, aunque por medios muy diferentes y en grados diversos. El durmiente niega en bloque el mundo exterior perturbador en forma negativa alucinatoria y concentra todo su interés y toda su atención psíquica y fisiológica en el reposo: el objetivo regresivo se consigue, pues, de forma casi exclusivamente irreal y fantasiosa. Por el contrario, hemos sostenido que si este objetivo es realizado por el apareamiento de un modo parcialmente fantasioso, también lo es por otra parte de un modo real: el órgano sexual y el esperma penetran efectivamente en el medio femenino (materno). Sueño y coito son, pues, como el inicio y el fin de la evolución hacia la realidad erótica. El durmiente puede ser calificado de autoerótico. Se convierte *completamente* en un niño gozando de la paz que reina en el

37.- “El sueño es el envoltorio, recházalo”. Goethe, *Fausto*, t. II.

38.- *Introducción al psicoanálisis*.

interior del cuerpo materno, indiferente en su aislamiento narcisista a cualquier preocupación del mundo exterior. Quien pretende hacer el amor, debe entregarse a preparativos mucho más complejos; en primer lugar tiene que poseer un *objeto* apropiado, o sea, dar prueba de un grado de desarrollo mucho más elevado del sentido de realidad antes de poder abandonarse en el orgasmo a la ilusión de un bienestar semejante al del sueño; se enfrenta, pues, a condiciones mucho más difíciles, pero que son absolutamente necesarias para que la representación de deseo suponga «la identidad de percepción» (Freud). Podríamos decir que el sueño utiliza medios autoplásticos y el coito medios aloplásticos; el sueño trabaja con mecanismos proyectivos, el coito con mecanismos introyectivos. Pero incluso en el coito se toman todas las precauciones para que la regresión erótica no supere el límite que pondría en peligro la integridad del individuo; sólo una parte del cuerpo (el órgano sexual) experimenta la satisfacción real, mientras que los demás sólo participan en cuanto órganos auxiliares, sin interrumpir por ello completamente sus actividades propias que son necesarias para la adaptación (respiración, etc.).

Ambos procesos están caracterizados por la exclusión de las excitaciones externas, el abandono de la «vida de relación» según Liébault: reducción de la sensibilidad a las excitaciones, renuncia a todo acto voluntario a excepción de los que sirven para realizar el deseo. En este punto, ambos procesos imitan bien y con gran precisión la forma de existencia intrauterina. Ya que hemos expuesto estos hechos detalladamente a propósito del coito, nos limitaremos aquí a indicar las características del estado de sueño según la descripción que de él hace Piéron. Entre las “*características del sueño*” enumera: “*inactividad, inmovilidad, relajamiento del tono muscular; posición compatible con el relajamiento, ausencia general de reactividad inducida, persistencia de reacciones reflejas, falta de reacciones voluntarias y en general, desaparición de la mayoría de las relaciones sensitivo-motrices con el medio*”.

Tanto el sueño como el coito, pero sobre todo el primero, se hallan caracterizados por una posición que incluso los observadores inexpertos describen como una «posición fetal». Los miembros inferiores están apretados contra el cuerpo, de forma que éste parece una bola, como lo imponen las condiciones especiales en el útero. Podemos también constatar una profunda analogía entre el estado de sueño y el estado embrionario en lo que concierne a la función de nutrición. Durante el día, los animales se ocupan en procurarse alimento y en digerirlo; pero la verdadera absorción de alimento, es decir, su asimilación por los tejidos, se realiza más bien por la noche si creemos a los fisiólogos. «*Quien duerme, come.*» De este modo, el sueño proporcionaría la ilusión de una absorción de alimento sin esfuerzo, lo cual se asemeja al modo de nutrición intrauterino. Se dice a menudo que el crecimiento y la regeneración ocurren sobre todo durante el sueño; el crecimiento es, por así decir, la única actividad del feto en el cuerpo materno.

La respiración, cuyas modificaciones durante el coito ya hemos mencionado, se hace mucho más profunda durante el sueño. Es posible que a favor de las pausas respiratorias más prolongadas, el aprovisionamiento en oxígeno del durmiente se aproxime al estado apneico del feto. Los mamíferos acuáticos, por ejemplo las focas, llenan sus pulmones durante el sueño y permanecen sumergidas en el agua; sólo vuelven a la superficie para respirar al cabo de un largo intervalo. También el camaleón hincha sus pulmones de modo notable durante el sueño.

Se dice que el reflejo plantar del durmiente presenta lo que se denomina el síntoma de Babinski; quienes han examinado a los recién nacidos inmediatamente después de su nacimiento afirman haberlo también constatado ellos. Este síntoma es una señal de inmadurez de las sustancias inhibitoras del cerebro y en particular de la inhibición insuficiente de los reflejos medulares. Pero, según un célebre fisiólogo, el durmiente sólo posee un «psiquismo medular». Esta fórmula concuerda perfectamente con lo que hemos dicho sobre la regresión filogenética; también en el estado de sueño podemos suponer la participación de una tendencia regresiva arcaica. (No existe analogía entre este estadio tan profundo de la regresión y el coito más que en la postrera fase de este último, el orgasmo.).

Merece ser destacada la inervación de los músculos oculares: durante el sueño los globos oculares giran hacia el exterior y hacia arriba; los fisiólogos aseguran que se trata de una regresión a una posición ocular característica de los animales sin visión binocular (por ejemplo, los peces). Los párpados están cerrados durante el sueño: no se trata de una ptosis, sino de una contracción voluntaria de la musculatura palpebral.

Mencionemos ahora las variaciones de la regulación térmica que pueden observarse en el durmiente.

Sabemos cómo aumenta nuestra sensibilidad al frío durante el sueño y con qué atención hay que velar para proteger al durmiente contra el frío. También aquí se trata de un retorno al estado embrionario en el que el cuidado de mantener la temperatura incumbía al medio materno. Pero es posible que se trate incluso de una regresión más profunda a la poiquilothermia de los peces y de los anfibios.

Para acentuar la analogía con el coito, podemos citar las costumbres de «sueño colectivo»: dos o más animales se acurrucan uno junto a otro en el momento de dormirse para proporcionarse mutuamente calor. Dolflein describe este modo de sueño en las perdices y otros animales que suelen formar un círculo con la cabeza hacia fuera. Algunas especies de pájaros en el momento de dormirse se aglomeran en masas compactas unos junto a otros; algunos monos de América del Sur organizan verdaderas asambleas de sueño.

Se constata también una cierta reciprocidad entre genitalidad y sueño en otro sentido: el tiempo consagrado al sueño disminuye en el transcurso del desarrollo, mientras que el consagrado a la actividad sexual aumenta. «*Por el sueño comienza nuestra existencia; el feto duerme casi de continuo*», dice Buffon. El recién nacido duerme más de veinte horas al día, mientras que su erotismo es primitivo, «autístico». Sabemos que el sueño de los adultos se halla muy perturbado por el deseo sexual insatisfecho; el insomnio resulta muy a menudo de una vida sexual insatisfecha, afirma el psicoanálisis; en la vejez, desaparecen progresivamente tanto el sueño como el impulso genital, probablemente para dar paso a impulsos de destrucción más profundos.

Como argumento a favor de la relación genética entre el sueño y la genitalidad puede citarse la frecuente aparición de los actos de masturbación y de polución autoeróticos durante el sueño; probablemente esta es también una de las causas de la incontinencia de la orina por la noche. Por el contrario, algunas tribus nórdicas, como los samoyedas, pasan los sombríos meses del invierno en una especie de estado de hibernación durante el cual las mujeres no menstrúan. Como argumento a favor de la relación genética entre el sueño y la genitalidad puede citarse la frecuente aparición de los actos de masturbación y de polución autoeróticos durante el sueño; probablemente esta es también una de las causas de la incontinencia de la orina por la noche. Por el contrario, algunas tribus nórdicas, como los samoyedas, pasan los sombríos meses del invierno en una especie de estado de hibernación durante el cual las mujeres no menstrúan.

Son conocidas las estrechas relaciones entre el sueño y la hipnosis; por otra parte, el psicoanálisis ha demostrado la identidad entre relación sexual y relación hipnótica.³⁹ Los psicoterapeutas se aprovechan a menudo del estado de somnolencia espontáneo de sus pacientes para sensibilizarlos al tratamiento; por otra parte, la orden dada por los padres: “¡a dormir!”, ejerce claramente una influencia hipnótica en el niño. Muchas sectas religiosas quebrantan la voluntad individual de los nuevos adeptos perturbando deliberadamente y de manera sistemática su sueño; del mismo modo el cazador consigue que el halcón le obedezca y se convierta en su dócil esclavo impidiéndole dormir. Este deseo, equivalente a la huida de modo alucinatorio de la fatigosa realidad para refugiarse en el cuerpo materno o en una quietud más arcaica todavía, es tan intenso que el *atractivo* de esta situación puede desencadenar todas las fuerzas físicas y psíquicas (véase el ejemplo de los éxitos supranormales conseguidos en estado hipnótico). Sin embargo, esto apenas difiere de la sumisión hipnótica en general que también hemos atribuido a los sentimientos de amor y de temor hacia los padres (hipnosis paternal y maternal). Por otra parte, hemos visto que factores similares, de composición hipnótica, desempeñan también un papel en la genitalidad cuando se trata de apoderarse de los objetos amorosos (caracteres sexuales secundarios). La tensión cataléptica del hipnotizado, que Bjerre fue el primero en señalar, recuerda vivamente la posición fetal.⁴⁰ La cuestión frecuentemente planteada de saber si el amor es hipnosis, y nuestra tesis según la cual la hipnosis es a fin de cuentas amor, encuentran ahora una solución coherente en la medida en que ambas pueden ser atribuidas a la relación madre-hijo; y podemos incluso ampliar nuestra concepción refiriéndonos a los antecedentes filogenéticamente mucho más antiguos (muerte simulada por los animales, mimetismo).

El estado psíquico del sueño, que hemos asimilado al del orgasmo, corresponde, pues, a un sentimiento

39.- “Transferencia e introyección”.

40.- No puedo adherirme a la otra afirmación de Bjerre, según la cual la sugestión es también un retorno al período prenatal; he estado tentado de atribuirla a la influencia de los padres durante la existencia extrauterina.

de satisfacción perfecto y desprovisto de deseos, que un organismo superior sólo puede reproducir restableciendo la quietud intrauterina. Pero si estímulos perturbadores (residuos de la vigilia) impiden esta quietud, una reinterpretación alucinatoria (trabajo del sueño) los transforma en realización de deseos, en sueños; el sentido más profundo de los sueños sexuales, según las reglas de la teoría freudiana del sueño, es por una parte la relación sexual (en el sentido de la fantasía edípica) y por otra la existencia en el cuerpo materno o el retorno a ese estado. Tanto las observaciones de los naturalistas como las de los psicoanalistas nos obligan, pues, a considerar el carácter de realización de deseos de los sueños como una simple inclinación psíquica de la tendencia general a la regresión maternal que se manifiesta en tantos seres vivos.⁴¹

La analogía entre sueño y coito se halla aún reforzada por la periodicidad que caracteriza a uno y otro. La acumulación de cansancio producido por la fatiga que antecede al deseo de dormir nos recuerda vivamente la forma en que hemos imaginado la acumulación amfimíctica de la tensión sexual y su descarga. (Véase también la teoría biológica del sueño según Claparède: “*Dormimos para no estar fatigados*”) Del mismo modo, el efecto vigorizador del sueño es en muchos aspectos asimilable a esta capacidad de realización crecida que aparece durante una satisfacción sexual normal. Pero también aquí la relación con la forma de existencia intrauterina constituye el tercer término de la comparación: el individuo debe la revigorización pasajera⁴² que saca tanto de la sexualidad como del sueño a su inmersión en una existencia paradisiaca en la que no existían aún luchas, sino sólo crecimiento y desarrollo sin ningún esfuerzo. Se dice que en los estados mórbidos la curación tiene lugar esencialmente durante el sueño; creemos que se puede hablar también justificadamente de los milagrosos efectos curativos del amor: parece que en ambos casos la naturaleza apela a fuerzas generatrices arcaicas para colocarlas al servicio de la regeneración.

También podemos citar algunos dichos forjados por la sabiduría popular y las declaraciones de algunos espíritus intuitivos que parecen confirmar nuestra concepción. Tras una buena noche de sueño, se tiene la impresión de un «renacimiento». Según Shakespeare, dormir es:

“La muerte de la vida de cada día, el baño del trabajo doloroso, el bálsamo de los espíritus heridos, la segunda fuente en la naturaleza principal, el alimento supremo de la vida”. (*Macheth, II, 2*).

Trömmner, excelente conocedor de la fisiología del sueño, utiliza en su obra sobre el mismo numerosas comparaciones que consideramos con más seriedad que el propio autor. A propósito del sueño dice: «... De este modo nacen la luz y la vida del *seno* de la Noche y de la Nada... Pero la noche no deja a sus criaturas para siempre, *sino que las fuerza periódicamente a retornar a su seno silencioso*. Cada día nos hace volver de buen o mal grado *al seno de la noche alimentadora* ... En su oscuridad habitan las verdaderas *madres* de la existencia.» (el subrayado es mío).

Podemos citar también a Hufeland (en el ejemplo de Trömmner):

“El sueño es la época vegetal del hombre, en el que el alimento de crecimiento prospera e incluso el alma, turbada por el día, renace nuevamente”.

El estado de sueño, igual que el estado psíquico en el coito y la existencia intrauterina, es una repetición de formas de existencia superadas desde antiguo e incluso puede ser una repetición de la existencia anterior a la aparición de la vida. El sueño es el hermano de la muerte, dice un proverbio latino. Las fuerzas traumáticas que intervienen al despertar, ese renacimiento cotidiano, son las mismas que despertaron antaño a la vida a la materia primitiva. Cualquier etapa evolutiva impuesta por la necesidad es un despertar de un estado de paz relativo. “*El vegetal es un animal que duerme*”, dice Buffon. Incluso la embriogénesis es una especie de sueño que únicamente la repetición palingenética de la filogénesis consigue perturbar en forma de sueño biográfico.

Sin embargo, la principal diferencia entre el sueño y el coito podría residir en el hecho de que el sueño se contenta con repetir la feliz existencia intrauterina, mientras que el coito reproduce también las luchas ocurridas en ocasión de «la expulsión del pa raíso». (Catástrofes cósmicas, nacimiento, luchas del destete y del aprendizaje de la higiene personal.).

41.- La regresión del durmiente a un modo de existencia arcaico puede compararse a la alucinación en el sueño y constituir un ejemplo de lo que podríamos llamar una *alucinación orgánica*.

42.- Jung: “*Wandlungen und Symbole der Libido*” (1912).

10. Conclusiones bioanalíticas

Llegados al término de nuestro trabajo teórico cuyo objetivo era el proporcionarnos algunas aclaraciones, aunque fueran provisionales, sobre el sentido y las formas del proceso genital, consideremos el camino recorrido e intentemos justificar el método utilizado en la ardiente elaboración de esta hipótesis. Hemos partido de un análisis del proceso de eyaculación que puede calificarse todavía de fisiológico. Pero en cuanto hemos intentado elucidar un poco después este proceso, hemos tenido que recurrir, sin escrúpulos, a conocimientos extraídos de un terreno científico totalmente diferente, la psicología. No queremos volver a examinar ahora si tal proceder es científicamente justificable o no. Contentémonos con constatar este hecho: la amalgama de los conocimientos psicológicos y biológicos ha mostrado su valor heurístico en el estudio de gran número de problemas arduos hallados en el ámbito de la genitalidad y de la conservación de la especie, y nos ha proporcionado algunos conocimientos que la ciencia ortodoxa ni siquiera había presentado.

Pero debemos volver sobre lo que hemos dicho respecto a los conocimientos psicológicos que pueden servir para resolver los problemas biológicos. No se trata de los conocimientos psicológicos corrientes, sino exclusivamente de nuestros conocimientos *psicoanalíticos*, pues ellos nos han ayudado a resolver estos problemas, como luego lo demostraremos con ejemplos. Por el momento, subrayemos de manera general que la posibilidad de aplicar nociones y métodos del psicoanálisis a otros ámbitos de la ciencia constituye para nosotros una nueva prueba de que la enseñanza de Freud nos ha permitido acceder a un gran número de realidades hasta ahora desconocidas.

Desde el principio, al estudiar la mezcla amfimíctica de las cualidades impulsivas anal y uretral en el proceso de eyaculación, hemos utilizado las nociones de *desplazamiento* y de *condensación* que proceden del psicoanálisis. Otras nociones, como la desvinculación de su objeto de energías cuantitativa y cualitativamente determinadas y su transferencia a otros objetos, o la acumulación de diferentes especies y diversas cantidades de energía sobre un único objeto, eran hasta el presente utilizadas de forma explosiva por el psicoanálisis. Hemos hablado del desplazamiento del bloqueo de la energía de una representación a otra y de la condensación de energías heterogéneas sobre una representación determinada; hasta ahora la biología ignoraba absolutamente estos mecanismos de desplazamiento. Para establecer nuestra hipótesis relativa al *desplazamiento y a la condensación orgánica*, nos ha servido de transición la teoría psicoanalítica de la histeria: desplazamiento de la energía de representaciones sobre la actividad orgánica (conversión) y su retransposición en la esfera psíquica (tratamiento psicoanalítico). Sólo hay que dar un paso más suponiendo que tal intercambio de energía es también algo corriente en una economía puramente orgánica, es decir, en la acción recíproca de los propios órganos, siendo en consecuencia accesible al análisis. De este modo, hemos colocado la primera piedra para el establecimiento de una nueva ciencia *bioanalítica*, que transfiere sistemáticamente los conocimientos y los métodos del psicoanálisis a las ciencias actuales. Y ahora van a venir algunas otras «primeras piedras».

La cooperación de los órganos y de las partes de los órganos, según la «teoría de la genitalidad», no es tan sólo la adición automática de las fuerzas asiduas útiles para un logro común. Cada órgano posee una cierta «personalidad»; en cada uno se repite el conflicto entre los intereses del Yo y los intereses libidinosos que únicamente el análisis de la *personalidad psíquica* permitía descubrir hasta el presente. Por otra parte, la fisiología no ha concedido aún la suficiente importancia al papel de las energías libidinosas en el funcionamiento orgánico tanto normal como patológico; si nuestras hipótesis relativas a la teoría de la genitalidad recibieran al menos una confirmación parcial, habría que completar *la fisiología y la patología actuales fundadas exclusivamente en el principio de utilidad* con una *biología del placer*. Podemos esbozar desde ahora las grandes líneas de esta nueva disciplina. Cuando, en un capítulo anterior, he trazado un paralelo entre la *tendencia a la autonomía* y el *rechazo*, he tenido que recurrir también al psicoanálisis. La retirada del bloqueo de las representaciones imbuidas por el malestar, es decir, el principio mismo del proceso de rechazo, posee manifiestamente modelos orgánicos; creo que nuestra comprensión de los fenómenos naturales se haría más profunda si la aplicación de un modo de pensamiento psicoanalítico permitiera aislar mejor las diferentes motivaciones de todos estos fenómenos vitales tan llamativos que se fundan en un *rechazo orgánico* de ese tipo.

Esta investigación parece conducir a otro resultado, muy importante para la comprensión de la vida orgánica en general, distinguiendo en el plano conceptual los *impulsos eróticos* al servicio únicamente del placer de los demás, simplemente *utilitarios*. Pero lo que aún resultaría más importante (como ya lo ha indicado Freud en su “Teoría de los impulsos”), sería establecer la existencia de una *tendencia regresiva* que rigiera tanto la vida psíquica como la orgánica. Ocurre como si tras la fachada fácilmente accesible a las descripciones biológicas sobreviviera en los seres vivos una especie de *inconsciente biológico*, unos modos de funcionamiento y una organización perteneciente a fases muy superadas de la ontogénesis y de la filogénesis. Éstas no actúan sólo como las dirigidas ocultas de la actividad orgánica manifiesta; en determinados estados particulares (sueño, genitalidad, enfermedad orgánica), sus tendencias arcaicas suplantando a las actividades vitales superficiales, a la manera de los arcaísmos psicológicos que invaden la conciencia normal en la neurosis y en la psicosis. Basta con volver a tomar el ejemplo del sueño y del coito; en estos dos estados, toda la vida psíquica y en parte también la física, retorna a un modo de existencia prenatal e incluso probablemente más antiguo en el plano filogenético. Pero el mismo razonamiento nos llevará a concebir también los fenómenos de inflamación, de fiebre, de congestión, e incluso las reacciones patológicas más banales, como un retorno al modo de funcionamiento embrionario o a uno aún más antiguo.

Si esto es así realmente, y el *sentido* de los fenómenos manifiestos de la vida normal orgánica se halla disimulado en profundidades todavía insospechadas, entonces la analogía con las hipótesis formuladas por el psicoanálisis se hace aún más llamativa y debemos inclinarnos todavía más a completar nuestros conocimientos científicos sobre la vida mediante una *biología de las profundidades*. Todo ello está en relación con un punto que hemos evocado antes. Este carácter superficial de las concepciones ha motivado que las ciencias naturales se hayan contentado generalmente con una descripción unívoca de los fenómenos biológicos. Incluso el psicoanálisis sostenía hasta hace poco que sólo la psiquis poseía el privilegio de estar compuesta por elementos de tal naturaleza que uno de ellos podía inscribirse *simultáneamente* en varias series causales genéticamente diferentes. El análisis ha definido este hecho con la noción de *superdeterminación* de todo acto psíquico, consecuencia directa del carácter pluridimensional del psiquismo. Lo mismo que la definición de un punto de espacio necesita al menos tres ejes de coordenadas, la explicación de un hecho psíquico y, de acuerdo con lo que precede, la de un hecho científico natural, no se halla suficientemente determinada por la integración en una *cadena* lineal o en una *red* plana, con una *tercera dimensión* no se han definido con exactitud. Hay un dato curioso que hasta el presente sólo ha sido observado en el marco de la actividad psíquica, es la posibilidad para un mismo elemento de ser incluido y localizado analíticamente a la vez en una *serie actual* y en una *serie de recuerdos*, lo que implica la «intemporalidad» de los rasgos mnésicos inconscientes. Hemos transportado a la biología estas constataciones extraídas de la vida psíquica y de este modo hemos podido describir el coito y el sueño como una descarga de los estímulos traumáticos actuales y como una expresión de la tendencia a reproducir la existencia intrauterina y la existencia acuática primitiva simultáneamente, situaciones aparentemente superadas desde hacia largo tiempo; hemos presentado incluso que el coito y el sueño representaban el resurgimiento de una tendencia al reposo todavía mucho más arcaica y primitiva (deseo impulsivo de la paz inorgánica, impulso de muerte). De esta misma forma, la investigación bioanalítica del conjunto de los fenómenos biológicos deber revelar, bajo la superficie descubierta, *el inconsciente biológico*. Se descubrirá que todas estas cuestiones ociosas sobre el sentido y el objetivo de la evolución se transforman por sí mismas en una investigación sobre los *móviles* que tienen sus raíces en el pasado.

Permítanme señalar algunos procesos a los que pueden aplicarse desde ahora con provecho estas constataciones. Tomemos como ejemplo la *alimentación* del bebé: aparentemente puede caracterizarse perfectamente describiendo la mamada, los procesos digestivos, la distribución de los productos nutritivos en los tejidos y su introducción en la economía físico-química del organismo (cálculo de las calorías). Pero al lado de todo esto, el bioanalista quedará sorprendido por el hecho de que la primera sustancia nutritiva del bebé es en realidad el cuerpo de la madre (o más exactamente, sus elementos tisulares transformados en leche). Siguiendo el ejemplo del parasitismo genital y embrionario, el bioanalista pensará que el hombre, al alimentarse de la leche materna y de otros productos animales, es en realidad durante toda su vida un parásito que va incorporando los cuerpos de sus antepasados humanos y animales, pero abandona a sus huéspedes (madre, animal) la tarea de producir el alimento. Siguiendo esta trayectoria, el bioanalista llegará

a la conclusión de que este proceso, que podríamos denominar la *devoración de los antepasados (filofagia)*, se halla por doquier en el mundo viviente. El omnívoro o el carnívoro devora a los herbívoros y deja que estos últimos produzcan a partir del alimento vegetal las sustancias orgánicas que precisa. El herbívoro se alimenta de las plantas y les confía la labor de transformar a partir de los minerales las sustancias vegetales necesarias. Según la concepción bioanalítica, la alimentación mediante la leche materna disimula y al mismo tiempo representa de forma casi desconocida toda la filogénesis de la nutrición.⁴³ Una vez que hayamos considerado este hecho, tendremos que reconocer sin duda en algunas anomalías de la nutrición, por ejemplo, en los casos patológicos, una reactivación más neta de tendencias agresivas generalmente enmascaradas. Así, tras el síntoma del *vómito*, no sólo percibiremos las causas manifiestas, sino también las tendencias regresivas a una época primitiva embrionaria y filogenética en la que un único canal digestivo (la boca primitiva) efectuaba el peristaltismo y el antiperistaltismo.

Cohnheim y Stricker han considerado ya los *procesos inflamatorios* no sólo como reacciones actuales a las excitaciones, sino también como una especie de regresión tisular a la forma embrionaria. Pienso que muchas alteraciones patológicas nos serían más comprensibles si lográramos reconocer y seguir la acción de las tendencias regresivas tanto en los procesos de descomposición como en los de curación.

El estudio bioanalítico de los *procesos mórbidos orgánicos* mostrará, según creemos, que la mayor parte de los síntomas pueden ser atribuidos a una redistribución de la “libido de órgano”. Los órganos sólo desarrollan su función de utilidad en la medida en que todo el organismo se preocupa también por satisfacer sus exigencias libidinosas (considérense las prestaciones libidinosas proporcionadas por el órgano genital en provecho de todo el cuerpo). Si este servicio no se halla asegurado, la tendencia a la autosatisfacción en detrimento de la colectividad puede despertarse en los órganos, lo mismo que el niño maltratado se consuela con la autosatisfacción (véase Freud, el abandono de la función utilitaria de la ciega histérica). Pero las regiones locales pueden entrañar también la suspensión de la actividad altruista y el desvelamiento de los procesos «autoeróticos» en los tejidos. Cuando las causas físicas producen una enfermedad orgánica (Groddeck, Deutsch), se trata de transferencia de cantidades de libido sobre un sistema libidinoso orgánico preexistente. Las perturbaciones vasomotoras y tróficas se sitúan en el límite de las enfermedades neuróticas y orgánicas, distinción puramente artificial. Un síncope, por ejemplo, sólo es a primera vista la consecuencia de una irrigación cerebral insuficiente; la concepción bioanalítica añadiría que la regulación de la tensión arterial retorna a un período anterior a la posición vertical, cuando la irrigación sanguínea del cerebro aún no exige una actividad esplácnica tan elevada. En los síncope de origen psicógeno, esta regresión está al servicio del rechazo neurótico.

En cuanto a los prototipos de los mecanismos bioanalíticos, creo que los hallaremos siempre en la estructura de las neurosis y de las psicosis que nos son familiares. A fin de cuentas, un audaz espíritu animista podría describir los procesos tanto fisiológicos como patológicos en términos de *psicología y psiquiatría de la vida orgánica*, guardando en la memoria las palabras de Goethe:

“Todos los cuerpos se forman según leyes eternas, y la forma más extraña se conserva en el secreto del modelo primitivo”.⁴⁴

Nos hemos permitido introducir en este trabajo otra innovación metabiológica no menos importante, aunque parezca sin duda un tanto extraña a primera vista: se trata de la utilización del *simbolismo* como *fuerza de conocimientos en el ámbito de las ciencias exactas y naturales*. Hemos constatado que los “símbolos” descubiertos por análisis en el psiquismo no son tan sólo la expresión de los juegos fortuitos de la imaginación, sino que también representan las huellas históricamente importantes de hechos biológicos “rechazados”: de este modo, hemos elaborado algunas hipótesis fundamentalmente nuevas y es posible que totalmente inexactas sobre el sentido de la genitalidad en general y de un gran número de sus aspectos

43.- Partiendo de las moléculas proteínicas animales podría reconstituirse, pues, todo el pasado vegetal y mineral. La analogía entre análisis psíquico y análisis químico quedaría así considerablemente subrayada.

44.- Ortway ha señalado que el estudio psicoanalítico del rechazo podría proporcionar una explicación a los fenómenos de dominancia y de recesividad de las unidades hereditarias de Mendel.

parciales. Es aún imposible predecir cuáles son los nuevos desarrollos contenidos en germen en esta concepción, ni cuánto saber inconsciente guardan las leyendas ingenuas del folklore, los cuentos y los mitos, y sobre todo el simbolismo extraordinario de los sueños.

El punto de vista parcial del utilitarismo que domina actualmente el conjunto de las ciencias exactas y naturales ha aprovechado ciertas disciplinas (la técnica), al mismo tiempo que ha cortado el camino a concepciones biológicas más profundas, cuyo acceso solo resulta posible si tenemos en cuenta, junto a los mecanismos utilitarios, los diversos mecanismos de placer que se expresarían precisamente mediante el simbolismo.

Analizando los procesos genitales, hemos tenido que ocuparnos ampliamente de las cuestiones relativas a la *evolución* y a la *involución orgánicas*; incluso hemos tenido la audacia de introducir subrepticamente una teoría de la evolución de un nuevo tipo en la que hemos aplicado simplemente a la biología las observaciones y las hipótesis psicoanalíticas sobre los procesos de evolución de la vida psíquica.⁴⁵ Esbozemos esta tentativa aunque sólo sea a grandes rasgos.

De acuerdo con nuestras conclusiones sacadas de un estudio del “sentido de realidad” y con los profundos estudios de Freud sobre la vida impulsiva, hemos partido, para examinar la evolución de la genitalidad, del hecho de que sólo una excitación externa, privación o catástrofe, puede haber obligado al ser vivo a cambiar sus modos de funcionamiento y su organización. Nuestra investigación más avanzada ha versado sobre este trabajo de adaptación de los seres vivos que les ha sido impuesto por una de las últimas catástrofes, la desecación de los océanos. Hemos sostenido que estos seres se han adaptado a la nueva situación, pero con la secreta intención de restablecer la antigua situación de quietud en este nuevo ambiente, del modo más rápido y frecuente posible.

El sueño, el coito y también el desarrollo de un saco amniótico conteniendo líquido amniótico, y de manera general la fecundación interna y el desarrollo intrauterino, son, según nuestra hipótesis, organizaciones que tienden a reestablecer esta fase de evolución aparentemente superada.⁴⁶ El analista se extraña del parecido que este proceso tiene con el *rechazo* y el *retorno del rechazo*, tal como se los observa en el psiquismo. El parecido es tan grande que tenemos que reconocer haber aplicado, inconscientemente por cierto, la dinámica aprendida en el campo de las neurosis a la interpretación de los procesos evolutivos. Pero en lugar de excusarnos, debemos admitir este método como legítimo y justificado en el plano científico, convencidos de que la aplicación sistemática de este método sólo puede enriquecer la teoría de la evolución. Creemos que el *deseo* de restablecer una posición de equilibrio abandonada por la sociedad nunca se extingue por completo y sólo debe ponerse en guardia en algunos momentos porque la *censura biológica* instituida por los intereses actuales del Yo se opone a su realización.⁴⁷ De este modo, hallamos en la biología la modificación del principio de placer que también aquí puede llamarse principio de realidad y podemos realizar la misma constatación que en lo relativo a la vida psíquica: esta misma fuerza que incita a la regresión, si resulta impedida para expresarse directamente por una instancia censora, se hace progresiva, es decir, va hacia una mayor adaptación y una complejidad más grande.

El primer efecto de todo choque exógeno será el de despertar la tendencia a la autonomía que dormita en el organismo (impulso de muerte); los fundamentos orgánicos no dejarán pasar la ocasión de morir que se

45.- Véase la obra de Brun, biólogo suizo: *Selektionstheorie und Lustprinzip* (Teoría de la selección y principio del placer), que, con la ayuda de un ejemplo proporcionado por una especie de hormiga, demuestra admirablemente la acción del “principio de placer” sobre la evolución.

46.- El hecho de que existan excepcionalmente amniotes que copulan es seguramente un defecto estético de toda “teoría de la genitalidad”. Es cierto que el apareamiento de estos amniotes no pone en juego más que órganos de copulación “accesorios” (o sea, no auténticos).

47.- Un hermoso ejemplo de “censura orgánica” lo proporciona el comportamiento de algunos hibernantes. Su cuerpo se enfría a medida que baja la temperatura exterior. Pero si la temperatura desciende por debajo de un cierto grado, la producción de calor vuelve a comenzar, la regresión a la poiquilothermia se interrumpe y el animal se despierta: el animal medular se torna animal cerebral.

les ofrece. Pero si la perturbación es muy violenta, o sea, traumática, y no sigue el ritmo progresivo según el cual se ha estructurado anteriormente el organismo, se produce una «desintricación» (Freud) imperfecta de los impulsos del organismo y los elementos de este principio de descomposición se convierten en materiales de la evolución ulterior. De este modo, en los experimentos de J. Loeb, los óvulos de osas artificialmente fecundados por el agua de mar hipotónica mueren en su periferia por citólisis; más tarde los fragmentos de las células muertas forman una membrana que impide que la descomposición prosiga mientras que, bajo el efecto del impulso recibido, el interior de la célula comienza a desarrollarse.⁴⁸ Si los filósofos se preguntan cómo concebimos esta regeneración y este reinicio de la evolución, podremos responder sin recurrir de ningún modo a ideas místicas. Es posible que el «altruismo» que allí se expresa sólo sea una hábil combinación de los egoísmos elementales; sin embargo, puede imaginarse también que el grado de complejidad que ha alcanzado actúa en un sentido regresivo sobre los productos de descomposición, o al menos contribuye a que los organismos no se sientan empujados a morir, sino que se reconstruyan ellos mismos a partir de sus propios desechos, e incluso que utilicen la fuerza inversa producida por la destrucción parcial para proseguir su desarrollo.

Sea de ello lo que fuere, la concepción bioanalítica de los procesos de evolución sólo considera *deseos* que tratan de restablecer *estados de vida o de muerte anteriores*. El estudio psicoanalítico de la histeria nos ha mostrado que incluso en el organismo la potencia psíquica del deseo es tan activa que un deseo puede «materializarse» en el cuerpo y transformar el cuerpo según su fantasía. No tenemos razón alguna para limitar la acción de estas mociones de deseo a la vida psíquica, excluyendo su posibilidad en otro campo, es decir, en el *inconsciente biológico*; e incluso podemos llegar a suponer, de acuerdo con Freud, que solamente el recurso al deseo concebido como factor de evolución puede permitir comprender la teoría de la adaptación según Lamarck.

Volviendo a nuestra tesis fundamental: en la estratificación biológica de los organismos, todas las fases anteriores subsisten de una u otra forma, separadas por resistencias forjadas por la censura, de manera que un examen analítico debiera permitir reconstruir el pasado más remoto del organismo partiendo del comportamiento y del modo de funcionamiento actuales.

En cualquier caso, hemos tenido que renunciar a mantener procesos demasiado complejos para dar las últimas explicaciones sobre la evolución. Por ejemplo, cuando Lamarck incrimina la utilización o la no utilización de los órganos para explicar su evolución o su involución, no se da cuenta de que está eludiendo el verdadero problema que consiste en saber por qué el órgano vivo adquiere vigor cuando es utilizado en lugar de estropearse como una máquina inorgánica. Únicamente las observaciones que he recogido en el ámbito de la histeria de las patoneurosis⁴⁹ han podido mostrar cómo se constituye un contra-bloqueo poderoso del órgano perturbado bajo la influencia del deseo de restablecer el equilibrio roto y mediante la retirada de los restantes bloqueos; este contra-bloqueo sirve por una parte para proteger a los restantes órganos contra los efectos perniciosos, y por otra constituye una fuente de energía en provecho de la curación y de la regeneración. Esto es lo que probablemente ocurre en el caso de las perturbaciones crónicas que afectan al funcionamiento de un órgano, de forma que el modo de reacción histérico y patoneurótico sólo sería un ejemplo de estos desplazamientos de energía que intervienen en todo trabajo de adaptación y de evolución.

Notemos de paso que la verdadera explicación de la alternativa *diferenciación-integración* propuesta por Spencer como la regla que gobierna la evolución podría ser el retorno del placer rechazado, cuya existencia hemos supuesto en los episodios de malestar aceptados por necesidad, e incluso introyectados en forma de energías impulsivas. La necesidad obliga a los organismos al cambio, y el deseo rechazado los empuja a volver sin cesar a la situación abandonada y, de alguna manera, a su «reintegración».

Cuando ocurre la adaptación a la situación nueva impuesta por la necesidad, el impulso regresivo se apodera probablemente en primer lugar de los órganos y de las funciones que en el transcurso de la evolución

48.- La acción del espermatozoide sobre el óvulo comienza probablemente también con una destrucción, pero cuyo sentido regresivo se hace en seguida progresivo.

49.- *Histeria y patoneurosis*. Recopilación de artículos de Ferenczi.

han quedado «sin empleo». Es llamativo, por ejemplo, que en todos los animales provistos de cola (perros, gatos), la parte caudal de la columna vertebral, antaño pilar de sostén de segmentos corporales atrofiados luego, se haya convertido en órgano de los movimientos de expresión que, tras Darwin y Freud, debemos concebir como regresiones a comportamientos arcaicos. En estas retiradas o en otras semejantes se oculta sin duda la tendencia regresiva en los momentos en que la adaptación resulta difícil, para volver a asumir su papel de factor estructural una vez superado el peligro. Además, está cuidadosamente previsto el corte de la actividad de adaptación más rigurosa por períodos de descanso durante los cuales todo el organismo cae temporalmente en la regresión y toda su producción se resume en movimientos expresivos (sueño, coito).⁵⁰

El bioanálisis o ciencia analítica de la vida no puede eludir la toma de posición sobre este problema del comienzo y el fin de la vida. En la teoría de la genitalidad, cuando hemos investigado las causas últimas de la atracción sexual, nos hemos visto obligados a superar los límites de la vida animada; también Freud ve en los fenómenos de la atracción química y física una analogía con este mismo Eros platónico que mantiene la cohesión de toda vida. En efecto, los físicos nos dicen que se puede observar una agitación muy intensa en la materia aparentemente «muerta»; así, pues, incluso si esta «vida» es de carácter menos inestable, se trata exactamente de vida. La verdadera muerte, el reposo absoluto, son cuestiones tratadas por los físicos de un modo totalmente teórico al afirmar que toda energía, según el principio segundo fundamental de la termodinámica, está condenada a la muerte por disipación. Pero ya desde ahora, algunos naturalistas⁵¹ afirman que estas energías disipadas se reagrupan periódicamente, aunque los períodos sean de larga duración. Podemos confrontar esta concepción con el principio de la selección natural según Darwin, es decir, que todo cambio no es sino efecto del azar, no pudiendo prácticamente contarse con las vivencias inmanentes⁵²(52). Pero para nosotros que nos inclinamos, según hemos dicho, por las ideas más psicologistas

50.- Citemos brevemente algunos otros puntos de vista “bioanalíticos” relativos a la evolución orgánica. La adaptación puede ser autoplástica o aloplástica; en el primer caso es la organización del propio cuerpo la que se adapta a las nuevas circunstancias, y en el segundo el organismo se esfuerza por modificar el mundo exterior de manera que la adaptación corporal sea inútil. El modo de evolución aloplástica es el más “inteligente”, específicamente “humano”, pero está también muy extendido en el mundo animal (construcción de nidos). La transformación del mundo exterior se realiza mucho más deprisa que la del propio organismo; podemos suponer que los animales que han llegado a este grado de evolución poseen ya un cierto “sentido del tiempo”. La autoplastia puede ser puramente regresiva (reducción de las necesidades, retorno a estadios más primitivos) o también progresiva (desarrollo de nuevos órganos) El desarrollo de la motilidad (búsqueda de un ambiente más favorable) entraña la economía de la adaptación autoplástica. (Principio de Döderlein: paralelismo entre “sensibilidad” (arraigo) y variabilidad creciente por una parte, movilidad y variabilidad decreciente por otra.).

La adaptación implica la renuncia a sus objetos de satisfacción para habituarse a nuevos objetos, es decir, transformar una perturbación (siempre penosa al principio) en satisfacción. Esto se produce por identificación con el estímulo perturbador y luego por introyección de éste; aquí el episodio perturbador se convierte en parte del Yo (un impulso), y el mundo interior (microcosmos) se convierte así en el reflejo del entorno y de sus catástrofes.

Los órganos, o las funciones orgánicas nuevamente creadas, se superponen simplemente a los antiguos, sin destruirlos; incluso cuando el antiguo material vuelve a ser utilizado, la organización o función aparentemente abandonada subsiste virtualmente en forma de “inconsciente biológico” y determinadas condiciones pueden provocar la reactivación. Podemos comparar estas superposiciones a mecanismos de inhibición; por ejemplo, sobre la “excitabilidad” general primitiva se ha levantado la excitación refleja ya orientada y sobre ésta la reacción defensiva psíquica; en los estados patológicos u otros estados excepcionales (hipnosis profunda, fakirismo), el psiquismo suspende su actividad y el organismo vuelve al estadio de excitabilidad refleja o incluso de excitabilidad primitiva.

51.- Nernst: *Das Weltgebäude im Lichte der neueren Forschung* (El universo a la luz de las investigaciones recientes), 1921.

52.- Una vez admitida la hipótesis de que en las entidades inorgánicas se halla esta “excitabilidad” que reconocemos como una propiedad de la materia viva, podemos también concebir las motivaciones posibles de la atracción mutua de estos elementos. En cualquier caso, la fusión de los dos elementos podría presentar la ventaja de que las partes afectadas ofrecieran al mundo exterior hostil una superficie más reducida que si estuvieran aisladas. De aquí se sigue una “economía energética”, y el primer “placer”. Algo de este tipo se expresa también en el coito (“el animal con dos espaldas”). Bölsche, por su lado, compara la atracción entre la tierra y el sol con la atracción final.

de Lamarck en lo que concierne a la evolución, parece más plausible admitir que de manera general no existe desintrincación total entre impulso de muerte e impulso de vida, e incluso la materia llamada «muerta», o sea, inorgánica, contiene un «germen de vida» y, en consecuencia, tendencias regresivas hacia el complejo de orden superior cuya descomposición le ha dado origen. Que no existe vida absoluta sin participación de las tendencias de muerte, lo afirman las ciencias naturales desde hace tiempo; y recientemente Freud ha evidenciado la acción de los impulsos de muerte en todo lo que está vivo. «El objetivo de toda vida es la muerte, porque lo inanimado se encontraba allí antes que lo vivo».

Pero es posible que la muerte «absoluta» no exista, y también puede ocurrir que lo inorgánico oculte gérmenes vitales y tendencias regresivas; Nietzsche podía tener razón cuando dijo: «Toda materia inorgánica proviene de lo orgánico, es definitivamente el problema del comienzo y el fin de la vida e imaginar todo el universo orgánico e inorgánico como una oscilación perpetua entre impulsos de vida e impulsos de muerte en la que ni la vida ni la muerte conseguirán jamás establecer su hegemonía.

Para nosotros, los médicos, la «agonía», como su nombre lo indica, nunca es tranquila. Incluso un organismo incapaz de sobre vivir lucha contra la muerte. Una muerte «natural», dulce, mani festación tranquila del impulso de muerte, sólo existe posiblemente en nuestras representaciones de deseo dominadas por ese mismo impulso; en realidad, la vida acaba siempre de forma catastrófica, lo mismo que se ha iniciado por una catástrofe, el nacimiento. Parece que pueden descubrirse caracteres regresivos en los síntomas de la agonía que se esfuerzan por modelar la muerte a imagen del nacimiento, haciéndola de este modo menos cruel. Sólo en los instantes que preceden a los últimos movimientos respiratorios (a veces un poco antes) puede observarse una reconciliación total con la muerte, e incluso expresiones de satisfacción que señalan el acceso a un estado de reposo perfecto, como ocurre en el orgasmo tras el combate sexual. La muerte, como el sueño y el coito, presenta rasgos que la asemejan a la regresión intrauterina. No les falta razón a los primitivos que entierran a sus muertos en posición de cuclillas, es decir, fetal, y la identidad del simbolismo de la muerte y del nacimiento en los sueños y en los mitos no puede ser efecto del azar.

De este modo, volvemos a nuestro punto de partida: la importancia central de la regresión al vientre materno en la teoría de la genitalidad y, ahora podemos añadir, en la biología en general.

(Sándor Ferenczi. Obras Completas, Psicoanálisis Tomo III, Ed. Espasa-Calpe, S.A. Madrid, 1984).

Volver a Selecciones Ferenczianas

PÁGINAS DEL PORTAL ALSF-CHILE

<http://www.alsf-chile.org> - <http://www.biopsique.cl> - <http://www.indepsi.cl>

Contacto: alsfchile@alsf-chile.org.